

DYLAN MARTINS

SEDUCIENDO
A LILIANA

La historia de Brian



DM

Seduciendo a Liliana.

©Todos los derechos reservados.

©Dylan Martins

1ªEdición: Octubre, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Me encontraba apoyado sobre el coche, estaba esperando a estos dos petardos en la terminal del aeropuerto, Enzo y Emma, que volvían de su luna de miel, en el fondo los echaba mucho de menos, sobre todo a él, que había sido con la persona que más pegada había estado en los últimos años, mi mejor amigo, jefe, y yo su mano derecha y su confidente.

Habían avisado de que el vuelo venía con media hora de retraso, así que me fui a tomar otro café, de paso me fumaría un cigarro, había vuelto a caer.

Me puse a mirar en el móvil las fotos de cómo había quedado reformado mi apartamento, me lo había comprado hacía dos años, el tiempo que había tardado en decidir cómo lo quería poner todo, azulejos, suelos, ventanas, baño, cocina, puertas, armarios empotrados, todo, cosa que me costó decidir mucho, eso es lo que retrasó el que pudiera soltar el alquiler hasta ahora que, por fin, ya lo tenía listo para entrar a vivir.

Ya habían anunciado hacía diez minutos el aterrizaje del vuelo, me fui a la puerta pues ya estarían al salir y no me equivoqué, ahí llegaban, felices, como dos tortolitos, lo que me llevó a recordar lo que le costó seducir a Emma...

Los abracé a los dos a la vez, me daba mucha alegría tenerlos de nuevo a mi lado.

—¿Qué tal por Europa? ¡Vaya pregunta! —reaccioné rápido —Perdón —reí—. Como si no me lo hubieras retransmitido todos los días con el resumen de las fotos en cada lugar —solté una carcajada.

—Se hizo corto —puso Emma rostro de pena.

—Es verdad —confirmó Enzo echándole la mano por el hombro.

—¿No tuvisteis remordimientos de dejarme aquí? —pregunté chulescamente aguantando las ganas de reír.

—¿Serás? Si te dijimos mil veces que te unieses, total, no ibas a dormir con nosotros —contestó Emma en plan haciéndose la ofendida.

—Eso lo solucionamos, nos preparamos otras vacaciones y nos vamos a redondear el verano —dijo felizmente Enzo.

—¡Y me echan del trabajo! —exclamó Emma negando con la cabeza y riendo.

—Eso no puede pasar, se me olvidó contarte antes de casarnos que había comprado la mitad del periódico, por eso te quedaste en plantilla, de lo contrario, hubieras ido a la calle —dijo chulescamente sonriendo modus orgulloso.

—¿No se lo habías contado? —pregunté alucinando.

—¡No me lo puedo creer! —Emma se puso las manos en la cara y se paró.

—¿Para qué? Pensaba ir ascendiéndola poco a poco hasta hacerla directora, así la haría todo feliz —soltó una carcajada—. pero pensándolo bien, prefiero darle otros quince días de vacaciones y nos vamos a... ¡Cuba!

—¡Lo mato! —gritó Emma. Dos o tres transeúntes que había por el parking se giraron a mirar.

—Lo matas después de las vacaciones —puso las manos juntas—. por favor, por favor, vámonos a Cuba.

—Claro que nos vamos, después de tanta ciudad me apetece Caribe —me guiñó el ojo Enzo.

—No entiendo para qué luché tanto para sacar la carrera de periodista si ahora soy la mujer del dueño de medio periódico de los más importantes de Manhattan —decía Emma hablando sola.

Nos montamos en el coche y Emma aún estaba en Shock, Enzo y yo nos mirábamos y nos entendíamos con la mirada, Cuba nos esperaba.

—¿Cuándo dices que nos vamos? —pregunté como el que no quiere la cosa.

—Mañana, nos vamos mañana, total yo ya no sé si debo ir a currar o no, vamos, que estoy flipando —Emma seguía furiosa por el shock.

—No, mañana no, que me dé tiempo a organizar todo esta semana, nos vamos el lunes que viene —soltó como si nada Enzo.

—Lo que usted diga, ¿jefe? ¿Marido? ¿De qué más me debería de enterar? Aprovecha ahora que sigo en modo alucinando —puso los ojos en blanco.

—Emma, todo lo hizo por amor —dije poniéndome serio para que me creyera, mientras por el ojillo del ojo veía a Enzo que iba de copiloto, aguantando la risa.

—Por amor me ha tenido trabajando hasta el día antes de irnos a las Bahamas a casarnos —hizo una mueca.

—Emma —Enzo carraspeó—. no es verdad lo que estás diciendo, te dije que hablaras con Marshall...

—Sí, claro, al señor Marshall, haberme dicho que era tuya también y seguro que se lo hubiera dicho, pero creyendo que mi futuro dependía de él, le iba a pedir una m... —protestó.

—Pues ya lo sabes, mañana tienes el día libre —reía Enzo mirando hacia adelante para que ella no lo viera.

—Vaya regreso habéis tenido por mi culpa, si lo sé me callo la boca —negué con la cabeza.

—Nada, estamos muy felices, el tiempo que se le pase el shock —encogió la cara.

—Qué gracioso, pues me va a costar que se pase...

—Ya lo veremos, el tiempo de que te invite a dos mojitos en la Bodeguita del medio, en la Habana, dicen que es el lugar donde mejor lo hacen del mundo —Enzo iba a la yugular, se le había metido en la cabeza lo de Cuba.

Los dejé en su apartamento y quedamos en vernos al siguiente día.

Pasó la semana rápido, Emma no se incorporó al trabajo, quería terminar el verano relajada e incorporarse más tarde en el equipo uno de investigación, ya podía elegir.

Enzo había preparado todo el viaje por Cuba, ese que, sin saberlo, marcaría un antes y después en nuestras vidas, sobre todo en la mía.

Capítulo 2



Por fin aterrizamos en la isla, en la ciudad de La Habana, de camino al hotel estaba flipando, nunca había estado allí, la dejadez de los edificios, denotaban la escasez en la que estaba envuelta el país, la falta de un cambio de fachada para dar vida a algo que estaba como llegando a su fin, como si ya no pudiera aguantar más, era una preciosidad, pero derruida, pero con algo que a la vez te atraía, era una sensación extrañada.

Llegamos al hotel y nos dieron las llaves de nuestras habitaciones contiguas, mirando al malecón, en una planta alta, entraron en la suya a dejar colocadas las maletas y yo a la mía.

Un rato después ya estábamos andando por la habana vieja, camino de esos mojitos que decían que eran los mejores del mundo.

—La Bodeguita del medio —dijo Emma señalando la entrada.

—Qué ojo tienes cuando te conviene —se burló Enzo.

—Me he enamorado —dije mirando a una preciosa mulata que había en la ventana en la esquina del local, cantando por un tal Polo Montañez, según pude escuchar.

—Tú verás que al final volvemos cuatro —bromeó Emma—. Como seas lo mismo de cabezón que este, me veo comprando un asiento de vuelta en el avión.

—Tres mojitos —dije mirando al camarero—. Me he enamorado —repetí acercándome a ellos en voz flojita encogiéndome de hombros y sonriendo.

Miré hacia ella, nos cruzamos la mirada y me sonrió mientras cantaba, le devolví la sonrisa, si me hubiera pedido los calzoncillos también se lo devuelvo en esos momentos, porque me devolvía a ella entero, aquello era toda una preciosidad de color moreno, con ojos verdes, melena lisa y una sonrisa digna de anuncio de clínicas dentales de lujo.

—De aquí a que te vayas te habrás enamorado de medio Cuba —bromeó Enzo.

—No te equivoques, me gusta ella y la quiero en mi cama —di un gran trago al mojito, estaba delicioso.

—Pues sí que está rico este cacharro —Emma se estaba empezando a animar y se pidió otro.

La bella mulata había parado de cantar, miraba por la ventana, el bullicio de turistas grabándola se habían ido, así que me acerqué a ella.

—Hola, me llamo Brian —le di la mano.

—Me llamo Liliana —sonrió.

—Me preguntaba si te apetecía un mojito.

—Claro, gracias.

—Pide dos —dije desde el lado de Liliana a Enzo, que estaba justo en frente en la barra con Emma—. ¿Eres de la Habana? —fue la primera tontería que se me ocurrió preguntarle.

—Sí, ¿y ustedes?

—De New York, pero ella es de Puerto Rico —dije señalando a Emma—. ¿Trabajas aquí?

—No. Solo vengo dos días en semana a cantar, me turno con otros artistas, con eso puedo sacar algunos pesos para poder sobrevivir en esta isla, que no es fácil.

Enzo me dio los mojitos, el otro ya me lo había acabado.

—Esto está de pinga —dijo Liliana mientras le daba un trago—. Esta noche hay fiesta en La Rosa, ¿la conocéis?

—No. ¿De qué se trata?

—Es un lugar que van gente de la isla y turismo, a bailar salsa, se pone muy animado, trabajo allí esta noche preciosamente, me lo pidió una amiga que debe ausentarse hoy, así que la sustituiré.

—Entonces me pensaré el ir —le guiñé el ojo.

—¿Qué vas a pensar, mi hijo? No hay nada que pensar, están de vacaciones, gocen ustedes que pueden, no hay nada mejor que poder vivir la vida como ustedes lo hacéis.

—También es cierto, seguro que vamos —volví a hacerle un guiño, mientras miraba a Enzo y Emma, que estaban como lo que eran, dos recién casados con cara de tortolitos.

Empezó a sonar la guitarra del chico que la acompañaba en la animación, ella a cantar, estaban entrando turistas de nuevo, así que me aparté mientras le sonreía y volví a la barra con mis amigos.

—Esta noche nos vamos a La rosa, a bailar salsa —dije haciendo un movimiento torpe de caderas.

—¡Sí! —exclamó Emma ante la risa de nosotros.

Un rato después salimos del local, me despedí de lejos de Liliana, me hizo señas de que luego nos veríamos, por supuesto que iba a ir, esa mulata se

había convertido en mi obsesión y hasta que no la tuviera entre mis brazos, no iba a parar, me estaba pareciendo a Enzo en su historia con Emma.

La plaza de la catedral estaba muy ambienta, música en vivo, una terraza de un bar llena hasta la bola, mezcla del turismo y el ambiente cubano buscando el modo de conseguir algún peso para sobrevivir el día a día.

Había una santera, Emma dijo que se quería tirar las cartas, fue sola a sentarse junto a ella, mientras Enzo y yo nos pedíamos un par de cervezas.

—Me he enamorado de Liliana —hice un gesto desolador.

—Bonito nombre.

—Enzo, bonita ella en todo su esplendor.

—Brian, sabes que aquí tienes que tener mucho cuidado, la necesidad los hace fingir cosas que no sienten para conseguir su objetivo, la mayoría de ellos conseguir salir del país.

—Lo sé, tonto no soy, pero yo también tengo un objetivo y no me hace falta ser cubano para intentar conseguirlo —le guiñé el ojo.

—Eres mayorcito, haz lo que quieras —negó con la cabeza.

—Lo mismo que tú hiciste con ella —señalé a Emma que estaba a lo lejos sentada con esa mujer que le decía el futuro.

—Lo mío fue un flechazo a primera vista —sonrió.

—¿Y lo mío que es un flechazo en el culo? ¡La quiero para mí! —hice gesto sensual.

—Y la vas a tener para ti, no me cabe duda. ¿Por cuánto tiempo la quieres para ti?

—Lo que dure el viaje... —sonreí.

—Me la veo en New York —puso cara de resignación.

—¿Y? Ni que fuera a vivir contigo...

—Ah no, yo con aquella tengo bastante —rio mientras miraba a Emma.

Un rato después apareció Emma y Enzo no tardó en preguntarle.

—Me ha dicho que me voy a divorciar pues aparecerá el hombre de mi vida, que seré muy feliz con él y tendré dos hijos.

—¿¿¿En serio??? —la pregunta de Enzo iba con balas.

—No hombre, que me ve dos hijos, pero contigo y una vida a tu lado. ¡Ya soy feliz!

—¿Ya eres feliz? ¿Has necesitado de ella para que te diga eso y ser feliz?

—No te sofoques, amigo, las mujeres necesitan escuchar otras voces —intenté suavizar.

—Voy a por una cerveza —dijo Emma dirigiéndose al interior.

—De aquí a la barra la pierdes, amigo —bromeé—. Estamos en Cuba.

—Ah no —salió pitando detrás de ella para mi risa.

Observaba a mi alrededor, lleno de turismo en esa plaza, tomando al ritmo de la música, frente a la catedral, una sensación de historia vino a mi cabeza, la isla del fallecido Fidel, el comunismo, un pueblo dividido, un embargo de los EEUU que mantiene a la isla bloqueada, un sinfín de cosas que era imposible progresar, parecía como si aquella maravillosa isla estuviera predestinada a permanecer en el olvido y que nunca fuera a ser rescatada.

Y mi Liliana aquí, atrapada en el destino de manos de un régimen que no pensaba desistir, no es que me la quisiera llevar para Manhattan, pero si cuidarla y darle algunos mimos, en el fondo la deseaba desde el momento que nuestras miradas se cruzaron, sin dudas, esa noche la buscaría en La rosa...

Compré una bolsa de maní, esos cacahuets estaban de vicio, era una de las pocas posibilidades que había para comerse algo de picoteo.

Alguna cubana que pasaba por allí me miraba descaradamente, a pesar de ir con sus parejas, aquella isla era diferente al mundo entero, aquello era algo que no se palpaba en otros lugares.

Capítulo 3



Llegamos a La rosa escuchando la música desde lejos. Emma iba bailando por la calle y yo no podía dejar de reír viendo a Enzo matar con la mirada a todo el que se atreviera a mirar a su mujer.

Nos sentamos en el local y pedimos unos mojitos para mantenernos a tono.

—Como la dejes seguir bebiendo, te veo cargando con ella hasta el hotel —le advertí, riendo, a Enzo.

Él no se lo pensó y le quitó de las manos el vaso cuando ella lo tenía a medio camino de su boca.

—¿Qué haces? —le preguntó, suspicaz.

—Estás bebiendo demasiado hoy.

—¿Y? —ese ¿y? sonó a: como digas lo que creo que vas a decir, vas a acabar mal.

—Que no debes de beber tanto.

Me aguanté la risa al ver la cara de Emma. Enzo soltó precisamente lo que no tenía que haber dicho y Emma lo miró como yo esperaba: iba a matarlo. Pero ella, con toda la clase del mundo, cogió de nuevo el vaso que él había dejado sobre la mesa y se lo bebió de un trago.

—¿Me pides otra? —preguntó dulcemente, mirándolo, y en verdad quería decir: como no me pidas otra, sí que morirás, es tu única oportunidad.

Mi amigo puso los ojos en blanco y pidió otra ronda de bebidas. No sabía por qué hacía nada si al final terminaría haciendo lo que su mujer quisiera. Así era Enzo con ella, le daría la luna si la tuviera a su alcance. Y no lo criticaba. Yo nunca había llegado a amar a ese punto, pero suponía, por lo que veía en los demás, que debía de ser así.

La música que teníamos de fondo cesó y la gente comenzó a aplaudir y a vitorear. Miramos hacia el escenario y me quedé con la boca abierta viendo a mi Liliana subiéndolo a él. Con ese traje que enseñaba más de lo que tapaba de sus preciosas curvas, estaba para quitarle el aliento a cualquiera.

Se presentó al público y habló un poco de lo que iba a cantar. Cuando la música empezó a sonar, la gente no dejaba de vitorear, y su voz se escuchó al ritmo de la primera canción de salsa, los gritos del público aumentaron y

todos se levantaron y comenzaron a cantar con ella y a mover el cuerpo al son de la melodía.

El ambiente era impresionante, animaba a reír, a beber, a cantar y a disfrutar. Esa era otra de las sensaciones que tenía de ese país después del poco tiempo que llevaba allí, además de la hospitalidad con la que recibían a los turistas, la alegría de vivir estaba presente en todos ellos, sin importar, en momentos así, cómo estaba la situación del país en general.

Y eso era admirable.

—Emma...

Escuché el medio grito de Enzo y miré a mi lado, apartando los ojos de esas curvas que estaban provocando la reacción temida en mi cuerpo. Emma se había levantado y salió disparada hacia la pista de baile. Se notaba que el alcohol ya había hecho demasiada mella en ella y que no se coordinaba demasiado bien.

Miré a mi amigo y terminé por reírme a carcajadas, me estaba mirando con los ojos en blanco y resoplando a la vez. Desquiciado estaba ya.

—Me va a tener toda la noche pendiente a ella —se quejó.

—Como si no estuviera en tu naturaleza el estarlo.

—No es lo mismo. Mira, joder —miré de nuevo a la pista—. si es que se la comen con los ojos.

—Normal, Enzo. Pero tampoco te hagas mala sangre, mirar es gratis.

—Querer bailar con ella.

Tras esa afirmación, se levantó rápidamente para ir a la búsqueda de su mujer y espantar a los moscones que se habían acercado a ella mientras bailaban, siendo hombre sabía que ese acercamiento iba con dobles intenciones. Entendía de nuevo a mi amigo.

Miré a Liliana y observé a la multitud. Igualmente, a ella se la comían con la mirada y una extraña sensación me recorrió las entrañas. No podía estar sintiendo celos ni instinto de posesión, ¿verdad? ¡Si no la conocía!

En ese momento estaba sintiendo algo muy extraño y ya estaba pendiente a todo el que la miraba, teniendo ganas de levantarme y de atizarle con mi puño en su cara.

Llamé al camarero y le pedí un vaso de ron. Lo que me faltaba a mí, eso no sería nada, solo que el alcohol estaba haciendo efecto en mi mente y me estaba empezando a joder más de la cuenta. Sí, sería eso.

Liliana bajó del escenario un poco después y comenzó a caminar, cantando entre el público. Se reía con ellos, los tocaba y yo apreté con fuerza

el vaso, no supe cómo lo rompí.

No dejaba de seguirla con la mirada hasta que por fin me miró y ya me relajé cuando vi que se acercaba, con ese contoneo de caderas que me estaba poniendo más que burro, hacia mí.

Esa vez, la canción que cantaba era más lenta y su movimiento también, al ritmo de la música. Pero sus ojos seguían conectados con los míos. Llegó a mi altura y se paró, cantándome esa balada sin apartar la mirada.

Mi erección dolía por debajo de la ropa. Tenía ganas de cogerla, sentarla en mi regazo y acabar de una vez por todas con esa tensión sexual que había creado en mí desde que la había visto.

Pícara, terminó de cantar, me guiñó un ojo y se dio la vuelta para marcharse.

Joder.

—Te sientas —nunca me había alegrado tanto de escuchar una orden de Enzo que en ese momento.

Carraspeé para poder aliviar la calentura que sentía y dejé de mirar como un idiota a la cantante para mirar a mis amigos.

—Brian... —dijo Emma arrastrando las palabras— Pídeme otra copa.

—Eres hombre muerto si lo haces —me advirtió él.

—Déjala, ¿qué tiene de malo?

—¡Que todos la miran! Y ella, además, baila con quien sea. Casi tengo que partirla la cara a más de uno ahí —señaló enfadado el lugar donde la gente bailaba.

—Eres un exagerado —reí.

—Lo es —afirmó Emma con la cabeza.

—Y una mierda lo soy —refunfuñó él—. Si lo llego a saber, elijo otro país y no te traigo a este.

—Pero si nos lo estamos pasando bien —dijo ella, melosa, haciéndola carantoñas.

—Sí, se lo está pasando de escándalo apartando a los moscones —reí a carcajadas. La cara de mi amigo estaba para fotografiarla. Pero él tenía la culpa por ser demasiado protector con ella.

—Uy, ¿pero y esas caras?

Esa voz me tomó de sorpresa, ni siquiera me había dado cuenta de que había dejado de cantar y que estaba a nuestro lado.

—Liliana —me levanté y le di dos besos.

—Hola, chicos —dijo ella en general.

Se saludaron entre ellos y le ofrecí sentarse con nosotros. Estaba sudando por el esfuerzo y le pedí algo de beber. Ahora que la tenía al lado, tenía que aprovechar.

—Bebiste mucho —rio mirando a Emma, lo afirmó, ni siquiera lo preguntó.

—No, eso dice el hombre de las cavernas —cada vez arrastraba más las palabras y yo me reía sin poder evitarlo—. Pero no bebí tanto —aproveché para coger la copa de Liliana y le dio un largo trago.

Liliana y yo soltamos una carcajada al ver la cara de Enzo.

—Te juro que te voy a llevar en brazos hasta el hotel.

—Esposo... no se te ocurriría hacer eso.

—Tú ponme a prueba...

Entendía a mi amigo, pero la situación era para reírse sin parar.

—Y díganme, ¿se quedarán mucho por aquí? —preguntó mi Liliana.

—Dos semanas —le respondí yo, dejando a la pareja feliz discutir por beber o no más alcohol, era cómico. Hasta en las discusiones él le daba la razón al final. Lo que no hiciera Enzo por ella...

—Ay, ¡pero eso es perfecto! Tendréis tiempo de ver casi todo si lo organizáis bien. Porque traéis una idea de qué visitar, ¿no? O de qué hacer por estas tierras.

—Pues mirando a esos dos —los señalé—. ¿qué crees?

Liliana rio a mí se me encogieron las entrañas de nuevo. Cuanto más la miraba, más me gustaba.

—Pues si queréis, puedo haceros de guía el tiempo que tenga libre. Hay lugares que la gente no suele visitar porque no son tan turísticos, pero os aseguro que os van a encantar.

—No queremos molestarte, Liliana...

—Lili —me corrigió y me guiñó el ojo—. No es molestia, lo haré encantada. Haré que os enamoréis de mi país, ¡ya veréis! ¿Tenéis planes para mañana?

—Pasar la resaca —refunfuñó Enzo.

—Mañana se va a querer morir —reí con el comentario de Lili—. Pues si queréis, ¿quedamos a las diez y os llevo a un lugar que os va a encantar?

—Claro.

Como si me fuera a negar. Ni iba a dejar que la parejita feliz lo hiciera. Iba a pasar el día con Liliana que era lo que quería desde el primer momento en que la vi.

Quedé con ella en el hotel donde nos alojábamos a las diez y nos fuimos a descansar. Había sido un día duro y, además, me veía a Enzo perdiendo por completo la cabeza si Emma seguía bebiendo y al final se ponía mal.

Ayudando a mi amigo, tras despedirme de Lili, agarramos a Emma cada uno de un brazo y salimos con dirección al hotel. Emma no era capaz ni de caminar hacia el taxi y Enzo acabó cumpliendo su amenaza. La cargó como si se tratara de un saco de patatas y la otra no pudo ni protestar. Fue montarse en el coche y quedarse dormida.

Llegamos rápidamente al hotel, Enzo cargaba con Emma y nos despedimos, nos veríamos a la mañana siguiente en el desayuno. Ese ni se habría enterado de que organicé el día, pero no me importaba, ya se lo diría al despertar.

Me quité la ropa y me tumbé desnudo en la cama. Estaba agotado, pero la imagen de Lili me mantenía aún en tensión. Como a mi erección.

Cerré los ojos y la acaricié, imaginando que era ella quien lo hacía. Al terminar me prometí que la próxima vez serían sus manos quienes me tocaran. Porque la quería para mí el tiempo que estuviéramos en Cuba.

Y para mí iba a ser. Y no tenía tiempo que perder.

Capítulo 4



Poca resaca para todo lo que bebí, ahora lo que necesitaba era una buena ducha fría, un desayuno y perderme por la ciudad, esa que me había causado tantas emociones contradictorias, pero que, sin dudas, era una maravilla esa preciosa y diferente isla.

Faltaba una hora para mi cita con Lili, se había ofrecido para hacernos de guía, tenía que avisar a los petardos, ya que con la que llevaban encima no se enterarían de nada.

Llamé al teléfono de su habitación y lo cogió Emma.

—Me quiero morir —dijo con una voz de resaca como jamás la había oído.

—Ah no, hoy no, ya otro día si eso, ahora nos vamos a desayunar y hacemos un poco de turismo —aguanté la respiración para ver qué me soltaba.

—Quiero zumo, refresco, algo que me sacie esto que siento en mi garganta, en diez minutos nos vemos en el buffet, Enzo está terminando de ducharse.

—¡Perfecto!

Me di una ducha rápida y bajé al restaurante, ya estaban ellos ahí, Enzo aguantando la risa mirándome y mirando de ojo a Emma para advertirme de su resaca y yo feliz por volver a encontrarme en un rato con mi mulata.

—Buenos días, tortolitos.

—¿Tortolitos? Amigo... veremos cómo escapas de esta isla.

—¿Escapar? A este lo dejan aquí secuestrado de manos de esa mujer —irrumpió Emma con voz gangosa.

—Hala, ¡la que llevas! ¿Aún no se te pasó?

—¿Pasársele? ¿A esta? —soltó una carcajada Enzo —Nos iremos en dos semanas de la isla y aún estará así.

—¿Os podéis callar? Así no me recupero —protestó Emma negando con la cabeza.

—A las diez hemos quedado con Lili en la puerta del hotel, os lo recuerdo —hice como si creyera que ellos se habían enterado el día anterior.

—¡No me jodas! —dijo Emma.

—Para joderte estoy yo —le hizo un gesto chulesco Enzo—. Pero no, no me acordaba de eso, parece que el alcohol también hizo mella en mí —frunció el entrecejo—. Así que hoy tienes compañía... —sonrió maléficamente.

—Tenemos, vamos en grupo —dije señalando a cada uno de nosotros.

—Yo quiero que la tierra me trague y me escupa en una de esas hamacas de estas playas del Caribe —dijo poniéndose las manos en la cara.

—Para eso debes esperar a el viernes, que nos vamos unos días a Cayo Coco —respondió Enzo—. pero vamos, espero que de aquí al viernes no se te ocurra más beber.

—Te lo juro —dijo graciosamente Emma cruzando sus dos dedos y besándolos.

—¡Hostias! —Emma se asustó al ver al camarero, era de color, no se lo esperaba al lado que había asomado para retirar alguno de los platos que estaban vacíos —Perdón, no te esperaba.

—Tranquila —sonrió amablemente el camarero.

—¡Qué bruta te estás volviendo! —dijo Enzo riendo cuando se fue el chico.

—Bueno, dejar ya de las puyas que estáis muy bombarderos los dos, vamos, que Lili debe de estar al llegar.

Salimos y efectivamente, ya llegó, nos saludó con mucho cariño, iba guapísima, con un vestido corto de tirantes de color rosa claro, unas gafas grandes de sol, era un conjunto de aquello que paralizaba mi vida.

—Toma —le dio una botella con una bebida dentro a Emma—. me lo preparó mi madre, quita la resaca en menos de lo que imaginas.

—¿En serio? —se la bebió de un buche ante nuestros ojos atónitos.

—Es receta de mi familia, siempre cuando nos juntamos y tomamos, tenemos al día siguiente preparado esto. Seguidme, nos vamos a perdernos por la Habana, por la auténtica Habana, por esa que solo los cubanos sabemos movernos.

—Yo te sigo donde quieras —dije con una sonrisa de oreja a oreja mirando a Enzo y mordiendo mi labio.

Me asombraba ver unos medios de transporte por toda la ciudad que le llamaban coco taxis, era una moto con un cajón detrás para dos personas en forma medio coco y con unos colores amarillos pintados que llamaban mucho la atención, además que Cuba, era un desfile de coches antiguos de todos los colores habidos y por haber.

Lili iba feliz explicándonos algo de la Habana, de su historia, así de cambios provocados por el cambio de gobierno cuando el golpe a Batista en manos del régimen Castrista.

Tenía la carrera de profesora, pero aún no había conseguido plaza, de todas formas, el sueldo medio era de diez dólares al mes, así que les era más rentables buscarse la vida con los turistas cantando.

Notaba algo raro en ella, no era la típica que iba al cuello, sabía mantener las distancias, bromistas, pero no provocadora, eso me hizo prestarle más atención, eso me hizo estar como estaba en esos momentos, babeando por toda las calles.

Pero era realista y tenía los pies puestos en el suelo, ya sabía mil historia sobre Cuba y su gente, la necesidad que muchos tenían de salir a costa de lo que fuera, así que, a pesar de estar locamente perdido por esa mulata, era consciente de que todo podía pasar.

—Oye, lo de tu madre es agua bendita, me encuentro nueva —dijo Emma.

—¿Lo ves?

—Estoy deseando tomar una cerveza, con eso lo digo todo...

—¿Una cerveza? Eso lo vamos a tomar nosotros tres, tú hoy a agua —irrumpió Enzo.

—No, nos la tomaremos todos, le vendrá bien —respondió Lili guiñándole el ojo a Emma—. Vamos a tomarla allí, un lugar sin apenas turismo.

Miré allí, pero lo único que veía era la puerta de una casa.

—¿Allí donde? —preguntó Emma, le pasó al igual que a mí, el allí era raro.

Lili comenzó a reírse, sin contestar, llevándonos allí y al llegar a la puerta de la casa y entrar, comprendimos que era una casa con un patio a modo bar, a lo típico cubano, donde solo había gente de allí.

—Esto es la auténtica Habana —dijo en voz alta Lili—. Cuatro cervezas, Yoel —se dirigió al camarero que parecía que lo conocía.

—Marchando... —dijo en tono cansado, despacito, a lo cubano, eso no cambiaba en ningún lado.

—Alegra esa cara, mi hijo, que parece que vino el mismísimo demonio en vez de tu clienta favorita...

—Lili, qué alegría, si esto es la misma mierda de ayer, el mes pasado, el año pasado y los últimos treinta años...

—Calla, cualquier día te escuchan y te metes en un problema —dijo Lili refiriéndose a que llegase a voces del gobierno.

Se notaba que había aun mucho miedo a decir lo que se pensaba, al igual que mucha gente que no lo hacían por miedo, sino porque eran comunistas hasta la médula, eso era lo que me impresionaba, un pueblo tan dividido.

Nos puso las cervezas y nos sentamos, había otra mesa con dos cubanos tomando Ron, sonreían amablemente.

Lili charlaba animadamente, me gustaba escucharla, ese deje, gracia y soltura, me estaba enloqueciendo cada vez más, me imaginaba cada cosa...

Yo observaba a mis amigos, se estaban matando con la mirada, aun no habíamos acabado las cervezas y ya Emma había pedido otra ronda.

—Te voy a decir una cosa, Enzo —dijo Emma levantando el dedo—. Me conociste de tonta, estudiando como una loca y mirando por mi trabajo en el periódico, para luego enterarme una vez casada de que eras mi jefe y que me estaba comiendo un puesto de lo más bajo. Así que —me quito un chupito de Ron que me había pedido y se lo bebió para asombro de todos y el primero el de Enzo que se le abrió la boca como nunca —no te metas en lo que beba, coma, baile o goce en mis vacaciones —le guiñó el ojo y sonrió.

—¿Es tu jefe? —preguntó Lili asombrada.

—Sí y no, es una historia larga, ya te contaremos —respondió Enzo, acto seguido miró a Emma—. Hoy no pienso cargar contigo, te puedes beber hasta el agua de la lluvia, bailar con quien quieras, hacer lo que quieras, tú sabrás.

—Parecís dos recién casados —dijo Lili quitándole hierro a la conversación.

—Como para no, hace tres semanas que se casaron, una que volvieron de su luna de miel y ahora aquí están en la segunda parte de su luna de miel, bebiéndose lo que no se bebió por Europa —dije descojonado.

—Tremendo, esto es tremendo —reía repitiéndolo Lili.

—A mí me da igual, ella sabrá, pero hoy no la cargo —Enzo intentaba disimular su mosqueo y Emma ya se había acabado su segunda cerveza más mi chupito de Ron.

—Mira, Enzo, que te conocí bebiendo, me conquistaste a base de pedirme copas y todo se basó en un vaso en tu mano. ¿Qué me estas contando?

—Pero no me emborrachaba...

—Uy no, claro, bebías Ron y Whisky del caro, pero no era por eso, era por que tu cuerpo ya estaba inmunizado y yo como no he tenido tiempo para ir bebiendo, que me suba más rápido no es normal, no, lo normal sería que

me dejara como a ti, relajadito y sin más —negó con la cabeza—. Pienso disfrutar de mis vacaciones, si no le importa a usted —dijo bordemente, pero no chulesca, en plan niña mimada, en el fondo babeaba con esas discusiones con Enzo, se provocaban entre ellos, pero sin ir más allá del buen rollo.

—Ahora sí que me enteré menos —rio Lili—. Será larga la historia —dijo con ironía.

—Nada, pide otra ronda —dijo Enzo riendo, dando su brazo a torcer—. Y tú, por mí como si te bebes el agua de las alcantarillas, yo te acompañaré —le guiñó el ojo.

—Estas vacilándome, ¿verdad?

—No, estoy de vacaciones y quiero que las disfrutes, sea con dolor de cabeza o sin ella, tú decides qué te bebes o cómo lo haces —sonrió irónicamente.

—Ah no, tú me estás vacilando —Emma no lo creía.

—Déjalo, tú tómale la palabra, sé más lista si no quieres que los hombres te coman —bromeó Lili.

—Ah no, por mí que me coma él, pero que también me deje beber —soltó una carcajada.

—Ahí tienes otra cerveza fresquita —dijo Enzo cuando la trajo el camarero, mirándonos a Lili y a mí, aguantando de reír.

—Anda qué no me cambió nada la niña en tan poco tiempo —guiñó el ojo Enzo mientras la señalaba con atrás con el dedo pulgar.

—No cambié, me adapté a las circunstancias, tú me engañaste con lo de ser mi jefe y yo no tuve la posibilidad de demostrarte que de vez en cuando me gustaba tirarme unas vacaciones— levantando el codo, sonrió—. En el fondo te lo estás pasando pipa —soltó una carcajada que hacia entre ver que el alcohol había hecho efecto de nuevo.

—Ah vale, que era eso —respondió con ironía Enzo.

—Yo estoy aquí medio muerta, contarme el chisme y nos reímos todos —dijo Lili, haciendo un show.

—Nada, que le oculté cosas para conseguir engañarle y casarme con él —bromeó Emma.

—Ah no, mírala ¡parece cubana! —Lili era buenísima, sus gestos y forma de expresarse nos hacían reír a carcajadas.

—Puertorriqueña —sonrió Emma—. en el fondo llevamos la sangre caribeña cruzada.

—Yo tuve un novio puertorriqueño, me lo saqué por el wifi que robaba

en un sitio, vino a verme muchas veces, nos íbamos a casar, hasta que me contó que ya lo estaba y tenía tres hijos —contaba que parecía un chiste—. Fíjate el disgusto en mi casa, mi madre me veía ya de novia, viviendo el sueño americano y ayudando un poco a mi familia desde fuera, tuvimos una semana de funeral en mi familia, velando al muerto de mi ex.

Soltamos una carcajada, yo los escuchaba a todos, pero con Lili moría, no se podía tener más gracia y encima honestidad, contando que a la mierda el sueño americano.

—¿Pero tú lo querías? —preguntó Emma como mujer que era, intrigada y queriendo llegar al fondo.

—Mujer, querer, querer, como que no, yo le tenía cariño, como para no tenérselo si me iba a llevar al lado bueno de la vida —se encogió de hombros, soltamos unas carcajadas, pero ella prosiguió—. Pero aprendí algo, quise engañarlo y me engañó a mí, que se puso las botas con este cuerpo —dijo bajando las manos por todo su contorno—. Entonces decidí que ya no me iría con el primero que me llevara de aquí, para luego terminar divorciada y con la cruz de que me aproveché de alguien para salir de aquí. Luego me salieron muchos deseando llevarme a Europa, pero no, yo ya tenía una cosa, me casaría con un extranjero, porque casarme con un cubano y quedarme en la misma mierda como que no, así que sería uno que me sacase, pero del que estuviera enamorada de verdad, así que aquí estoy, seis años después buscando aún al amor de mi vida —puso los ojos en blanco.

—Qué bonito eso que has dicho, dice mucho de ti como persona —dijo Emma.

Si era verdad, bravo por ella, pero podía estar metiéndonosla como un buen cubano solo sabe hacerlo, de ahí el dicho que siempre andan inventando.

Nos fuimos de ahí a comer un pollo frito a otro lugar muy cubano, para gente de allí, luego paseamos por la ciudad, el calor era sofocante, pero la mezcla era perfecta.

Lili nos enseñó muchos lugares con mucha historia, las calles levantadas, a medio hacer, el contraste de colores, la falta de obra que le faltaban a las fachadas, el ritmo caribeño que se escuchaba en cada rincón, la simpatía de aquel pueblo, todo, hacia que fueran momentos de esos que se te quedan grabados en la cabeza para siempre.

Me encantaba Lili, volvimos a quedar al día siguiente a la misma hora, nos acompañó hasta el hotel y se fue con la mejor de sus sonrisas, esas que

provocaban que mi corazón se fuese con ganas de más.

—A esta si que te va a costar seducirla —dijo Emma mientras se despedía de mí para entrar a su habitación.

Enzo y yo levantamos la mano a modo despido, sonriendo por lo que había soltado Emma, pero diciéndonos a la vez con la mirada que, si él lo consiguió, yo también podría.

Capítulo 5



El día siguiente estaba levantado y desayunando antes que nadie, aún no estaba abierto ni el buffet cuando llegué. El día anterior me había encaprichado más de Liliana, si es que eso era posible. Y lo que había dicho Emma me había supuesto más un reto que otra cosa.

La pareja de enamorados llegó bastante más tarde, con el tiempo justo para desayunar y de que Lili llegara.

—¿Se os han pegado las sábanas?

—La culpa es del alcohol —gimió Emma, venía con las gafas de sol y no quería quitárselas—. Enzo, tu culpa.

—¿Mi qué? —preguntó con la boca abierta.

—Tu culpa, ¿para qué me dejas beber?

—La voy a matar —gruñó.

—Sh... no grites.

Enzo me miró con ganas de asesinarme también, pero es que yo no podía dejar de reír.

—Enzo... ¿Cuándo aprenderás? —dije entre risas.

—¿Te vas a poner de su lado?

—No me queda de otra...

—No tiene de otra —dijo Emma a la vez.

Enzo levantó las cejas y acabó por levantar el culo de la silla.

—Que os den a los dos, necesito otro café.

—No me hagas reír —dijo Emma entonces, masajeándose la cabeza al haber soltado una risita.

—Pobre, le estás dando un viaje...

—No... Por la noche lo recompensó —dijo guiñándome el ojo.

—Calla, hay cosas que prefiero no saber —puse cara de asco.

—¿Por qué no? A lo mejor te ayuda en tu caza a la cubana —bromeó ella.

—¿Tanto dudas de que lo consiga que me quieres ayudar con la estrategia?

—Pues la verdad es que un poco difícil sí que lo veo —se burló.

—Entonces es que no ves bien, será el alcohol... —dije metiéndome con ella.

—Veremos.

—Veremos...

—¿Qué veremos? —preguntó Enzo al volver a la mesa.

—Tu querida esposa duda de mis dotes de seducción, tendré que demostrarle que, si quiero a una mujer, la tengo —dije quitándole importancia.

—La tendrá —afirmó Enzo.

Emma no se lo creía, o más bien hacía como que no se lo creía, porque conocía a esa mujer y sabía cómo de irónica podía ser y cómo le gustaba, no solo picar un poco a su marido, sino también a mí, le encantaba sacarme de mis casillas. El problema era que pocas veces lo conseguía porque mi humor era más cínico que el suyo.

Terminamos de desayunar y salimos. No me dio tiempo ni a encenderme un cigarro cuando apareció Lili.

—¡Buenos días, chicos! Uy, no, ¿resaca otra vez? —preguntó mirando a Emma.

—La culpa es de Enzo —se defendió esta, haciéndome reír de nuevo.

Lili no entendía nada, así que se lo resumí en una frase. Después de reírnos un rato, salimos en dirección a un nuevo destino. Liliana no nos había querido decir nada, así que era como una sorpresa.

Llegamos a un lugar extraño. Era un edificio que parecía haber sido una fortaleza, se conectaba con un pequeño puente de madera, a inicio de este nos paramos.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

-Bueno, sé que os gusta la historia y para mí es un sitio especial. Hoy pensé que podíamos hacer algo más relajado y ya después disfrutar de una buena comida —se encogió de hombros—. Si no os apetece, pues os llevo a otro sitio —dijo insegura.

—Aquí nos quedamos —aseguré—. ¿Dónde estamos?

La sonrisa que me regaló fue lo más bonito que había visto en mucho tiempo.

—Este es el castillo de la Real fuerza de la Habana —señaló con los brazos extendidos y dando una vuelta sobre sí misma—. Es un destino muy turístico, pero la gente se queda solo en la superficie. Tengo un amigo hoy trabajando aquí y nos hará el favor de enseñarnoslo bien por dentro, o al menos mostrarnos lugares que no están abiertos al público. O esperemos que pueda hacerlo —rio.

—Es precioso —dijo Emma, quien no quitaba ojo de la catedral.

—Eso es la Plaza de armas —empezó a explicar Liliana y la seguimos cuando echó a andar—. A partir de ella se construyeron las casas que veis, para los principales vecinos. El castillo tardó en ser construido casi veinte años.

—Y eso que veis allí arriba, en la torre, se llama la Giraldilla.

—¿Os gusta tanto la historia como para continuar?

Todos afirmamos rápidamente con la cabeza. Emma porque era algo que al parecer le entusiasmaba, a Enzo sabía que la arquitectura, de la clase que fuera, era una de sus pasiones. Y yo... Bueno, yo iba a quedarme a hacer lo que a ella le diera la gana con tal de pasar el día a su lado.

Al contrario de lo que podría haber imaginado, y como me pasó el día anterior, la visita se me hizo hasta corta. Estaba embobado mirando a esa mujer en todo momento. Quizás los prejuicios me hicieron considerarla menos o no llegar a imaginar lo culta que era y eso me sorprendió. Ni su título de profesora había cambiado mi percepción hasta verla en acción. Se veía que le apasionaba la historia, no solo la de su país por los comentarios que hacía mientras nos explicaba el pasado de la ciudad, entre otras muchas cosas, sino la historia en general.

Escucharla era un placer y me hizo sonreír el pensar que, con ella, nunca me aburriría.

Tan corta se nos hizo la visita que ni cuenta nos dimos ninguno de que era la hora de comer. Nos desplazamos hasta un restaurante llamado “Paladar la guarida” a disfrutar de cocina cubana de primera.

—Estás muy serio del paseo-me dijo Enzo. Mientras esperábamos la comida, encendí un cigarro mientras ella hacía una visita en dúo al baño, algo que nunca había entendido del sexo femenino...

—Me he rayado un poco —me encogí de hombros.

—¿Por?

—No sé, Enzo, me he llevado una sorpresa con esta mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Esperaba que... no sé, solo me ha sorprendido.

—Ah ya, esperabas que fuera una inculta —dijo en tono de reproche.

—¿Qué? No, no es así —intenté explicarle mis emociones, pero ni yo sabía qué me estaba pasando exactamente—. Solo que no sé, la veo de una forma diferente. Ya ayer me sorprendió y pensé: quizás se lo estudió, pero hoy me ha vuelto a sorprender...

—¿Te recuerdo que es profesora?

—Déjalo, Brian, no me entiendes... —no sabía explicar el remolino de sensaciones que tenía ese día.

—¿Te estás enamorando, Brian?

—No —dije con rapidez—. Joder, Enzo, que ni la conozco.

—Bueno, yo tampoco conocía a Emma y creo que me enamoré el primer día.

—Pues no —reí, porque no sabía qué otra cosa hacer—. Yo quiero llevármela a la cama, pero nada más.

—Joder, Brian, estás pillado —rio.

—¿Qué dices? ¿Por qué dices eso? —pregunté de repente un poco asustado.

—Porque se nota. Pero mira, por más que yo te dijera que tuvieras cuidado, que siempre hay que tenerlo —se encogió de hombros—. Me parece una mujer sincera y que vale la pena.

—¿Desayunaste alcohol y yo no me di cuenta?

—No. Simplemente veo cosas que tú aún no eres capaz de entender.

—¿Cómo qué? —no tenía que haberle preguntado, tenía que haberlo hecho callar y no darle más conversación.

—Como que la siguiente boda será la tuya.

Después de eso soltó una carcajada tan sonora que la gente se nos quedó mirando y yo no tuve más remedio que poner los ojos en blanco. No podía hacerle ni caso a ese comentario, solo quería ponerme nervioso y nada más.

Yo sabía que Liliana me gustaba y que quería pasar los días y las noches que estuviéramos ahí, con ella. Pero de eso a hablar de un amor profundo, como ese de las novelas... Pues no, sencillamente no podía ser.

Cuando volvieron del servicio, al poco tiempo llegó el camarero con la comida. Me cambió el humor de nuevo nada más verla y con la gracia que tenían ella y Emma, no tenía más remedio que acabar a carcajadas.

Pasamos la tarde contándonos anécdotas, conociéndonos y de bar en bar, bebimos, pero no demasiado, por lo que llegamos sin problemas al hotel.

No había tenido mucho tiempo para compartir con Liliana, pero lo compensaría al día siguiente. Porque esa noche me iba a costar con una sensación de vacío, como si me faltara algo. Y lo hacía, me faltaba ella.

Solo esperaba que Enzo no tuviera razón y solo fuera un capricho que se me pasaría con el tiempo. Porque imaginarme a mí enamorado... Miedo, lo que me provocaba era miedo.

Capítulo 6



Jueves y nuestro último día en la Habana. Desayuno en el hotel, tazas de café que llenaban, ya vacías, nuestras mesas.

Ese día habíamos quedado un poquito antes para poder disfrutar de varias visitas. Lili llegó, como siempre, puntual y con una sonrisa en la cara que no querría que se le borrara nunca.

—Hola, chicos. Hoy no os voy a llevar a ningún lugar así famoso... Pero sí al más importante de toda la Habana —dijo enigmática e ilusionada.

—¿Y qué lugar es ese? —pregunté.

—A mi casa —el orgullo en su voz.

Enzo y yo nos miramos sin entender nada, pero nos encogimos de hombros y decidimos aceptar cuando ella dijo: ¿listos para una fiesta de verdad?

Nunca me hubiera imaginado que podía pasármelo tan bien en un lugar pequeño y en el que no conocía a nadie. La casa de Liliana era algo normal si se comparaban con lo que habíamos visto por la ciudad, más grande de lo que yo imaginé desde fuera y muy humilde.

Cuando entramos allí, eso estaba repleto de gente. La música sonaba cual discoteca y la gente no dejaba de cantar y de bailar.

—Venid, os voy a presentar a alguien.

Seguimos a Liliana entre la multitud y llegamos a una especia de cocina donde nos recibió una mujer algo mayor y con una enorme sonrisa al vernos.

—Así que vosotros sois los americanos —dije antes de abrazarnos uno a uno.

—Brian. Emma. Enzo —nos señaló respectivamente—. Ella es mi madre, Liset.

—Tú eres el famoso Brian —dijo esa mujer mirándome fijamente.

—¿Famoso? —pregunté desconcertado.

—Lili me ha contado sobre ti. También sobre vosotros y es un placer que me acompañéis a celebrar mi cumpleaños.

—Oh, ¿es su...? —Emma se quedó un poco cortada —¡Felicidades! —gritó rápidamente, ya la vergüenza se le había pasado, ella era así de rápida...

—Lo siento, si hubiéramos sabido... —dije también algo avergonzado.

—Ah no, si yo quise invitaros, espero no haber sido un problema en vuestros planes...

—No, no, para nada.

—Estamos felices de estar aquí —le confirmé.

—Pues entonces, ¡a gozar! —rió la mujer.

Desde ahí todo fue eso: risas, alcohol, comida, bebida y mucha, mucha música. Era algo que me encantaba de ellos, el amor que sentían hacia la música. Nosotros, Enzo y yo, en eso éramos un poco ingleses. Como si al nacer nos hubiesen dejado con un palo metido en la espalda que nos impedían movernos con un poco de gracia.

—Jajaja —Lili apareció a mi lado con una copa de algo en las manos y moviendo las caderas al son de la música—. Pero chico, ¡mueve ese cuerpo!

—Lo intento —negué con la cabeza, derrotado.

—A ver —dejó las copas en la mesa cercana y vino de nuevo hacia mí—. Pon tus manos en mis caderas, pero sin apretar —lo hice y la acerqué a mí, ya con eso me había puesto nervioso, deseoso de pegarla por completo a mí y de estar solos—. Muy bien, abre un poco las piernas.

Así, poco a poco, me fue colocando y no sé cómo lo logró, pero al menos no parecía tener el jodido palo en la espalda, ya podía moverme un poco más.

—¿Para todo te mueves igual? —rió, pero no pasé por alto el tono provocativo de la pregunta.

—¿Te serviría si te digo que no? —si quería jugar, yo no iba a decirle que no. Tenía ganas de estar más cerca de ella, de conocerla algo más y no con tanta gente alrededor. De ver si ella sentía también esa atracción física que yo tenía para con ella. Porque no iba a cesar en mi empeño de hacerla mía. Y el tiempo pasaba y eso no sucedía. Estaba perdiendo facultades... Al final Emma tendría razón.

—No —rió a carcajadas, hizo un movimiento con la cadera y volvió a pegarse a mí.

—Bueno, entonces tendré que demostrártelo.

—¿No es eso lo que se supone que estás haciendo? —bromeó, pero vi ya cómo su piel se ponía algo más colorada. Se estaba excitando con mi cercanía, así que no lo tenía todo perdido.

—No como quisiera.

—¿Y cómo sería eso? —no se achantaba y eso me enganchaba aún más.

—Cuando pase, Liliana, lo sabrás.

—¿Cuándo pase? —se puso seria y nerviosa— ¿Tan seguro estás de que

pasará?

No iba a contestarle a eso, formé una sonrisa torcida en el rostro y la miré con ganas de devorarla. No era una inexperta y ambos sabíamos de qué iba la cosa.

—¡Alcohol! —el grito de Emma nos sacó a los dos de la escena de tensión sexual que se había creado entre nosotros.

Cuando miramos al lado, acabamos los dos muertos de la risa. Emma se había subido a una mesa y estaba bebiendo sin parar mientras Enzo intentaba bajarla de allí.

—Está desatada —reí.

—Pues os quedan muchos días con ella, tenéis que controlarla —Liliana se secaba las lágrimas.

—¿Nosotros? Pues no sé cómo. Mira su marido —puse los ojos en blanco.

—Pues tú.

—A mí no me hace caso —resoplé.

—Pues al final se meterá en problemas —seguía riendo y Enzo maldiciendo a su querida esposa.

—Hazlo tú —lo dije sin pensar, pero en realidad me lo había puesto en bandeja.

—¿Que yo haga qué?

—Vente mañana con nosotros, unos días a Cayo Coco. Así ella se sentirá también más acompañada.

—Sutil manera de pedirme que te acompañe —rio, descarada.

—¿Pero ha surtido efecto? —le guiñé un ojo.

—No sé, Brian, tengo que...

—Vamos, solo es una vez en la vida, a lo mejor no volvemos a vernos —en el momento en que dije eso, supe que eso no iba a ocurrir porque yo no pensaba dejar de verla tan fácilmente, me costara lo que me costara—. No puedes negarte.

—Pero...

—Los peros son excusas. Solo di si quieres venir o no.

—Claro que querría, pero...

—Entonces no se diga más. Prepara las cosas, nos vemos por la mañana en el hotel. Y ah, no nos hagas esperar mucho.

Y la dejé allí, sin darle opción a negarse, con la sorpresa en su cara, pero una sonrisa en los labios.

Me acerqué a mi amigo y le ayudé a bajar a su esposa de allí. Nos despedimos de Liliana, de su encantadora madre y de la familia y amigos que habíamos conocido y cogimos un taxi hasta el hotel.

Al día siguiente iríamos hacia Cayo Coco y Liliana vendría con nosotros. El destino me lo había puesto en bandeja y yo no iba a desperdiciar la oportunidad. Como tampoco iba a desperdiciar, después de lo que había visto en la mirada de ella mientras bailábamos, que ese viaje fuera mi oportunidad para tenerla donde quería. En mi cama, Entre mis brazos. Y con mi boca besando cada rincón de ese cuerpo.

Me había costado un poco, pero ya estaba encendido el instinto cazador. Y como dije desde el primer momento en que la vi: sería mía.

Y mía iba a ser.

Capítulo 7



Por fin aterrizamos en Cayo Coco...

Desde que llegamos al aeropuerto fue un caos, ya estábamos advertidos, tuvimos que rellenar mil documentos para que Lili pudiera viajar con nosotros y eso que era dentro del país, pero al ser cubana necesitaba varios papeles en los que nosotros solicitábamos eso para que nos acompañara por unos días, casi perdemos el avión, pero por suerte nos dio tiempo y nos subimos.

Lili pasó el vuelo alucinando, nunca se había montado en un avión, también se puso pálida en el despegue y aterrizaje, pero yo la sujeté de la mano y la tranquilicé.

La isla, el mar, el color turquesa infinito, las arenas blancas, habíamos acabado de llegar al paraíso.

Cuando en el hotel nos pusieron las pulseras, Lili se puso a saltar de alegría.

—Comer y beber sin restricciones —dijo tocando las palmas.

—¿Has dicho beber? —preguntó Emma con ironía.

—Sí, mi hija, eso que tú y yo vamos a agotar en todo Cayo Coco —dijo haciendo una mueca y mirando a los dos.

—Vamos —dije señalando al chico de las maletas que ya las había puesto todas sobre el transportador y nos iba a llevar hasta la habitación.

Una habitación gigante con doble cama de matrimonio juntas para cada pareja, eso era, aunque Lili y yo no lo éramos, pero esos días íbamos a dormir juntos y cómo no, yo me las iba a ingeniar para que se dejara perder en mi cuerpo.

Lili no sabía realmente nada de nosotros, solo aquello que había escuchado en las batallas de Enzo y Emma, pero que no llegaba a comprender, tampoco preguntaba, pero debía intuir que estábamos cómodos económicamente, eso me daba lugar a pensar que podía dejarse arrastrar hacia mí por interés, por eso no le puse nada de la miel en los labios, como en su día hizo Enzo, aunque fuera a través de pequeñas mentiras y el caso de Emma era totalmente diferente, no tenía que arrastrarse al primero que se le apareciera por mucho dinero que tuviese.

Estaba en alerta, pero yo lo que quería era una aventura, de esas que me quitaran el calentón que llevaba arrastrando desde el primer día, Lili me ponía muy mucho.

Soltamos las cosas en la habitación.

—Madre mía, esto es más grande que mi casa. Estas camas dobles gigantes ni pensé que existían. Yo duermo en este ladito y tú en aquel — señaló al otro lado —y ni nos oímos roncar —sacó la lengua.

—Yo soy de los que ruedo hacia el centro —bromeé.

—Ya te devuelvo yo rodando de un empujón para atrás —volvió a sacar la lengua.

La puerta sonó, eran los petardos, ya teníamos todos los bañadores y estábamos dispuestos a disfrutar del resort, de la isla y de todo lo que aquel lugar ofrecía.

Salimos a la zona de la piscina, que se lucía impresionante frente al mar, era un resort precioso, Lili andaba todo el tiempo boquiabierta, nos metimos en ella, sentándonos en un bar acuático que había dentro, típico del Caribe, con sus taburetes del mismo material que toda la piscina.

—Yo quiero un mojito —dijo Emma.

—Que sean cuatro —dijo Lili.

—Prometo no emborracharme —volvió a intervenir Emma.

—Sí, ya —puso una cara de resignación Enzo que nos hizo reír a todos.

Nos pusieron los mojitos y a Emma se le antojó ir a una hamaca de la playa, estaban justo enfrente, Enzo se fue con ella y nosotros le dijimos que iríamos en un rato, se estaba muy bien en la piscina, en esa barra y con mi Lili, la mulata que me traía de cabeza.

—Esto es el paraíso y mi hijo, que pena tener estas cosas en nuestra isla y que no la podamos disfrutar, esto son las cosas que me corrompen —dijo indignada.

—Imagino...

—Bueno, a disfrutar, que no sé si la vida me dará otra oportunidad como esta —dijo chocando su vaso con el mío.

—Claro que te la dará, si no ya vengo yo y te vuelvo a traer —le guiñé el ojo.

—Eres un amor, te mereces que me enamore de ti —encogió la cara y sacó la lengua mientras movía el mojito con la cañita.

—¿Serás creída? —le tiré agua de la piscina al cuerpo, mojando su mojito.

—¡Mira! Perdí la copa por tu culpa —dijo enojada.

—Bueno... vaya problema, el chico ya te escuchó y te está poniendo otra —dije señalando al camarero.

—Esto del todo incluido te quitó la culpa —me guiñó el ojo—. pero te la devolveré —soltó con aire chulesco.

—Esperando estoy...

—Brian, Brian, no me conoces...

—Ni tú a mí —hice un guiño.

Me pegué hacia ella y la besé, me jugué todas las cartas, pero la besé y ella me correspondió, al apartarnos sonreí, pero ella tuvo que soltar algo.

—¿Me has robado un beso?

—¿Yo? Para nada...

—Ah, sentí que me habías besado —dijo haciendo el teatro y yo le seguí.

—Deben de ser tus deseos porque lo haga —me hice el sueco.

—Debe ser el mojito, me estará afectando tanto como a ella —señaló a Emma que estaba en la orilla del mar junto a Enzo.

—Por lo que veo, a las mujeres en esta isla os sube rápido el alcohol —le di un beso suave, corto y rápido.

—¿Y esto?

—¿El qué? —me encantaba jugar con ella.

—Nada, déjalo —hizo un gesto con la mano ligero—. No debería de beber más —miró su mojito ya vacío de nuevo.

—Póngale otro —pedí al chico.

—¡Volando va! —dijo graciosamente.

—¿Estás provocando que me emborrache?

—¿Yo? Para nada...

—Creo que estoy muy borracha...

—Nada, no estás nada, aún puedes seguir bebiendo —dije acercándome a su oído hablando flojito y dejándole un tierno beso sobre la comisura de sus labios.

—¿Has intentado besarme?

—¿Otra vez con eso? No te habrás fumado nada ilegal, ¿no? —aguanté la risa

—¿Yo ilegal? ¿No serás tú el borracho que con eso te intentas aprovechar de esta bella mujer? —dijo señalándose.

Me tenía que reír, era de lo más cómica, su bañador blanco le quedaba de vicio y sus formas hacían que mi corazón fuera a mil por horas, estábamos

entrando en un juego que me gustaba, con el que esperaba que pudiera acabar de la forma que estaba deseando.

El camarero puso unas patatas snack en la barra, aquello era el paraíso, en la piscina frente al mar, con mi mulata y con unas ganas que me mataban por tenerla en mi cama, me estaba pareciendo a Enzo cuando conoció a Emma.

—¿Entonces hasta cuándo nos quedamos aquí? —preguntó mirándome provocadora.

—¿Has cuándo quieres quedarte? —dije quedándome a milímetros de su boca.

—Ah no, yo no soy la rompe planes de nadie, mijo, demasiada agradecida ya con haber pisado este paraíso.

—A partir de llegar a este Cayo, pensábamos improvisar hasta el domingo que viene, que es cuando nos vamos, así que tenemos nueve días por delante sin prisas y decidiendo sobre la marcha. ¿Te quedarás con nosotros los nueve días? —aún seguía a poco espacio de sus labios.

—Me lo pensaré, esto me puede costar el dinero —negó con la cabeza como diciendo “qué marrón de vida.”

—¿Por qué te va a costar el dinero?

—Si no canto en la bodeguita uno o dos días esta semana que es con lo que ayudo en casa, tengo que ayudar a mis padres de los ahorros que tengo que son para emergencia familiares, pero me pensaré si tirar de ellos, según como me trates —guiñó el ojo.

—¿Con cuánto tiráis en casa para la semana? —pregunté intrigado.

—En dólares como 20, más del sueldo que cobra aquí en un mes cualquier trabajador, pero el turismo cuando canto me deja mucha propina y eso nos ayuda.

—¿Nunca hiciste una contratación privada?

—No te entiendo, me contrataron para fiestas o eventos...

—Vale. ¿Cuánto cobrarías si te llevan de gira una semana por la isla?

—¿Una gira a mí? —soltó una carcajada —Aquí hay artistas por todos los rincones, no pagarían por trasladar a nadie, cogerían a gente de ese lugar y no más.

—Imagínate que alguien te ve en la bodeguita, un turista de dinero y te pide que te vayas a su casa una semana para cantar todas las noches en una fiesta privada, a doscientos kilómetros por ejemplo de la Habana. ¿Cuánto cobrarías?

—Un turista de dinero... lo desplumo, mil dólares y hago a mi familia

unos reyes —escupió de la risa el mojito.

—Te contrato —dije cambiando el semblante a serio y decidido.

—¿Que qué?

—Que te contrato hasta el fin de semana que viene que volvamos a la Habana, te pago los mil dólares y los gastos de todo —dije serio.

—¿Tú me estás hablando en serio?

—Así es —puse la cara de espera a su contestación.

—No, a ti no te voy a cobrar ni mil dólares ni hostias, pero eso ha sido muy bueno —dijo sonriendo y señalándome—. Me quedo hasta que quieras, no pasará nada porque no trabaje esta semana, además, mi hermano ya empezó a trabajar también —me dio un beso en la boca.

—Me has ... —señaló a mi boca.

—No —hizo el teatro—. debes de haber bebido más de la cuenta —me la devolvió.

—Debe ser eso... Por favor —se dirigió al camarero—. dos chupitos de Ron y dos mojitos.

—Ahora mismo.

—Entonces te quedas conmigo, ¿no? —me hice el interesante.

—Ya veré, yo te duraré lo que usted me distraiga —dijo produciendo en mí un cosquilleo que me daba miedo en lo que se podría notar.

—¿Qué quieres, que me compre dos maracas y me dedique a darles? —hice el gesto de estar tocándolas.

—Normal que sigas soltero —miró al camarero que estaba partido de escucharnos—. este no se entera de ná' —dijo negando con la cabeza y mirando al cielo.

—Bueno, que sea lo que la vida quiera, ¿está usted distraída ahora mismo? —pregunté con ironía poniendo mi mano sobre su muslo, cosa que hizo que ella la mirara y luego a mí, como advirtiéndome que qué pasaba con la mano.

—¡Perdón! —levanté las manos —Fue inercia... —dije con indiferencia.

—Inercia, ¡los cojones! Usted me tocó malintencionadamente —volvió a meterse en su papel.

—No fue mi intención, de ser así le aseguro que lo último que le hubiera tocado es la pierna —levanté la ceja.

—¿Me estás diciendo tú a mí que te atreverías a tocarme algo más privado? —gesticulaba exageradamente con las manos.

—No, te estoy diciendo que, si tuviera la intención de hacerlo, no elegiría

precisamente tus piernas, que las tienes preciosas, por cierto, pero no serían mi elección primordial. ¿Me explico?

—Perfectamente. Dos chupitos, por favor —dijo al camarero—. Esto es para emborracharse y no mear ni gotas.

—Anda, qué bien habla mi niña —dije a regañadientes.

—¿Tu niña? —cogió el chupito —Ponme dos más —dio un trago y lo dejó sobre la mesa —No hay quién te entienda. ¿Tú qué quieres de mí? Anda, dime dónde te pica para yo decirte justamente dónde te tienes que rascar —negó con la cabeza.

—Tela, tienes tela, Lili, con tu cara de niña buena y tu boca descarada —solté una carcajada.

—¿Yo descarada? —negó con su dedo chulescamente —Yo clara, transparente, sin dobleces —se recogió el pelo sujetándolo con la caña del vaso.

A mí se me caía todo, me tenía babeando, la piscina la mantenía a nivel de lo que estaba soltando, pero me tenía en una nube, esa que estaba loco por poder acariciar.

El día lo pasamos de la piscina a la playa, bebiendo, comiendo, riendo, bromeando, hasta que después de la cena, nos fuimos a dormir.

Me lo había pasado bomba, Lili, se acostó en la esquina que dijo, me hizo señas para que yo me pusiera en el lado opuesto y así nos acostamos.

—Brian... —dijo en tono suave

—Ese soy yo...

—Dame la mano —escuché cómo la estiraba al centro y alargué la mía y se la di.

Así nos quedamos dormidos, cansados del largo día, pero con ganas de que hubiera pasado algo más.

Capítulo 8



La sonrisa con la que aparecieron el par de tortolitos a la mañana siguiente nos daba a entender que la noche había sido movidita. Llegaron agarrados de la mano y se sentaron a la mesa con Lili y conmigo, donde hacía un rato estábamos, ya desayunando.

—Mira, miya, resplandeces —sonrió Liliana y le guiñó un ojo a Emma.

—Normal, para una vez que se portó bien, tuve que compensarlo.

—¿Que yo me porté bien? ¿No sería más bien que tú no bebiste?

—Ay no, que me veo venir el tema —dijo como agobiado y todos acabamos riendo, Emma besó a Enzo y acabé sonriendo. Con sus más y con sus menos, pero eran la pareja perfecta.

—Chicos, he hablado con la gente del hotel y me he informado para hacer hoy una pequeña visita y ver los corales. Estuve mirando por internet y tiene que ser precioso. ¿Qué os parece? —me cogí otro donuts de la mesa y lo mordisqueé, mirándolos mientras pensaban en ello.

—¡Sí! —dijeron a la vez.

—Si luego os apetece, o mañana, podemos caminar hasta Cayo Guillermo, ya que estamos aquí, disfrutemos.

No pusieron ninguna pega, eso era lo bueno de viajar sin tener programadas actividades. Lo hacíamos como nos iba apeteciendo y viendo realmente lo que queríamos en cada momento. Y si no queríamos hacer nada, pues en el todo incluido que estábamos.

—¿Volveremos para comer? —preguntó Emma.

—No lo sé, ya improvisaremos sobre la marcha —dijo Enzo a lo que yo afirmé con la cabeza.

Terminamos de desayunar y mientras las chicas preparan una pequeña mochila con toallas para todos y algunas cosas más, Enzo y yo nos acercamos a recepción a terminar los detalles de la excursión del día.

No tardamos mucho en salir del hotel ni en llegar al lugar donde se podían vislumbrar esos preciosos corales.

—Supongo que estás acostumbrada a estas cosas —en la orilla, junto a Liliana, los dos mirando al mar.

—Creo que nunca te acostumbras —me miró y me regaló una preciosa

sonrisa—. ¿No es hermoso?

—Lo es —dije yo mirándola a ella y no al fenómeno de la naturaleza que teníamos cerca.

Su amplia sonrisa de antes se convirtió en una tímida y su lengua viperina no tardó en aparecer.

—¿Estás intentando ligar conmigo de nuevo?

—¿Yo? ¿Lo he intentado alguna vez? —me hice el ofendido.

—Ah no, mijo, pero reconoce las cosas —rio.

—No hace falta —me acerqué a ella y le di un beso de tornillo que nos dejó a los dos sin aliento—. ¿Lo ves? —le terminé sacando la lengua.

—Ey, vosotros. Aguantaos para cuando estéis en la cama. ¡Es hora de nadar! —gritó Emma.

Liliana comenzó a saltar, emocionada, como una adolescente y sonreí de felicidad, se sentía muy bien verla así. A veces, quizás demasiadas, pensaba en las condiciones en las que vivían allí y cómo algo que para nosotros no parecía tener importancia, para ella se convertía en inolvidable. Me hacía sentir humilde su forma de ver la vida y, dejando de lado su humor con el tema del marido rico, sabía que era una persona con principios y valores que, ante todo, añoraba encontrar el amor.

Aunque nos costó un poco, por fin estábamos enguantados en los trajes de neopreno cuales buzos, dispuestos a vivir la experiencia de su vida. Subidos a una pequeña lancha, todos listos y esperando las indicaciones del responsable, ese momento en el que Liliana y yo fuimos a caer al mar agarrados los dos de la mano sería algo que nunca olvidaría.

Bajo el mar, nadando y viendo semejante espectáculo. Con Liliana al lado nadando entre esos corales. Podía decir que estaba en el paraíso.

La experiencia fue demasiado corta para todos, nos despojamos del traje y de los cachivaches rápidamente y, sin pensármelo, caí en la arena. Tumbado sobre mi espalda y aún con las imágenes de lo que había visto en mi retina.

Miré a mi lado cuando Liliana se tumbó.

—No creí que fuera tan impresionante —le dije.

—Es una experiencia para no olvidar, como todo en esta isla —dijo con orgullo.

—Como tú —le dije seriamente, me salió de dentro.

Se me quedó mirándome fijamente, se incorporó un poco y me dio un dulce y corto beso en la mejilla.

—Gracias, te aseguro que estos días no los olvidaré jamás.

Y me dejó allí, solo, mirando cómo se alejaba y se acercaba a Emma y Enzo. Una sensación extraña se apoderó de mí. Yo tampoco iba a olvidar nunca lo que estaba viviendo allí.

Pasear hasta Cayo Guillermo fue otra experiencia inolvidable. Cada rincón de ese lugar era más paradisiaco que el anterior, si es que eso era posible. Había muy buen rollo entre los cuatro y como teníamos un sentido del humor parecido, las risas siempre estaban presentes.

Con Lili no podía ser de otra manera, era demasiado descarada y no se callaba ni una. Volvimos al hotel bastante tarde, con el tiempo justo de ducharnos y arreglarnos para cenar y tomarnos unas copas al aire libre.

Y ahí estábamos ya por fin, en los jardines, tumbados en las hamacas y con nuestras bebidas en las manos.

—Mira, esposo —dijo Emma cuando se tumbó tras ir por su primera copa—. Me he pedido un refresco. Para no emborracharme. Ah y light, que me estoy poniendo fondona —resopló.

—¿Fondona? ¿Eso quiere decir gorda? ¡Vamos, hija! Tremendo cuerpo tienes tú para decir eso —le riñó Lili.

—Habló la modelo del Caribe. Envidia cochina me das —le respondió la otra muy seria y terminaron por reírse a carcajadas.

Enzo y yo nos miramos pensando “mujeres...”

—Pues coge el refresco, ¡vamos a mover estas caderas!

Liliana se levantó, cogió a Emma de la mano y las dos casi corrieron hacia la pista de baile. Me incorporé hasta sentarme en la hamaca y me quedé mirándolas.

—No estoy seguro y Emma tampoco me ha dicho nada —comenzó Enzo—. pero creo que podría estar embarazada.

—Hostias. ¿De verdad?

—Sí... Pero conociéndola, no me lo hará saber hasta que a ella le dé la gana.

—Si es por ella hasta el momento del parto y porque ya no tenga más remedio.

—Cabezota...

—No, mujer inteligente. Conociéndote a ti, la tendrás en una burbujita de cristal para que no le pase nada y te mandará a la mierda seguido.

—Si está embarazada, tendré que cuidar de ella.

—¿Más? —reí— Relájate, hombre, ella sabe cuidarse sola.

Enzo miró a la pista de baile, Emma estaba en el suelo, intentando hacer un extraño paso de baile.

—Ya lo veo, sí —dijo irónicamente, haciendo que yo riera aún más—. ¿Y tú?

—Yo no estoy embarazado, tranquilo —bromeé.

—No seas idiota —puso los ojos en blanco—. ¿Qué tal con Liliana?

—Bueno, pocos avances, aunque a veces me parece que son bastantes. Ella es algo desconfiada, ya sabes.

—Normal, no creo que a nadie le guste sentirse utilizada como mujer.

—Yo no haría eso.

—Relax, no lo digo por ti, has entendido mi comentario.

—Ya...

—Pero en parte es lo que quieres, ¿no? Sexo y disfrutar de ella los días que estés aquí. Que, además, siendo consensuado no es nada malo, pero ¿y después?

No podía responderle a esa pregunta. Porque ni yo mismo sabía. Igual como en ocasiones pensaba solo en que fuera algo del viaje, en otras imaginaba cómo sacarla a ella de allí y llevármela conmigo. Estaba hecho un caos. Además, entre nosotros tampoco había pasado nada, no sabía cómo...

Mentira. Claro que lo sabía. Sabía que entre los dos sería perfecto. Sabía bien lo que quería. ¿No?

—Estoy hecho un lío —reconocí.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—No. No más allá de algunos besos y no porque yo no desee que pase.

—¿Y ella?

—Sí, te aseguro que sí, pero...

—Si de verdad la quieres para ti, ve a por ello. Deja de preguntarte cosas. La vida te irá diciendo.

—¿Cómo?

—No sé... Yo al principio me tomé lo de Emma como un juego, como un reto. La quería en mi cama a como diera lugar, solo eso.

—Lo recuerdo y en ese entonces fui yo quien te abrió los ojos a lo que te estaba ocurriendo.

—Sí. Me abres los ojos a mí. Qué fácil es verlo todo desde fuera. ¿Pero quién te los abre a ti?

—¿A qué te refieres?

—A que, cuando nos toca, ni cuenta nos damos. Hasta que llega un

momento en que sale natural. Ten cuidado, Brian, porque creo que ni cuenta te has dado aún.

—¿De qué? —esperaba que no dijera lo que creía que iba a decir.

—De que estás más que enganchado a ella.

Y lo dijo. La miré de nuevo y podría quedarme así por horas, solo mirándola bailar, reír, hablar, lo que fuera. Y Enzo tenía razón, todo era más que un capricho o un simple deseo sexual, algo que yo había ya imaginado, pero a lo que no quería darle importancia.

Me levanté, le di en la espalda a mi amigo en señal amistosa y de agradecimiento y me fui hacia la pista de baile. A mitad de camino, ella me vio y se quedó quita, mirándome. Me acerqué a ella y le cogí la mano, sin decir ni una sola palabra, jalé para que me acompañara y lo hizo.

Iba a por todas, ya no iba a esperar más.

Entramos en la habitación que compartíamos, aún agarrados de la mano y la dejé al lado de la cama.

—Lili...

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—No —reconocí—. No puedo más, lo siento, pero no puedo más.

Después de eso, cogí su cara entre mis manos y la besé. La besé para saborearla de verdad por primera vez. Un gemido salió de su garganta y mis manos dejaron su cara para bajar por su espalda, hasta llegar a su cintura y agarrarla por ahí, pegándola a mí por completo.

Esperaba que se separara de mí, que hiciera algún comentario de los suyos, pero no. Levantó sus manos y me abrazó por el cuello, enterrando sus manos en mi pelo y gimiendo entre mis labios.

Terminé el beso para que ambos pudiéramos respirar.

—Quédate esta noche conmigo —le pedí con voz ronca.

—Duermo contigo —sonrió, burlona.

—Lo que menos quiero es dormir. ¿Te quedas?

Estuvo varios segundos en silencio, sin decir nada, solo mirándome a los ojos. Pagaría por saber lo que pasaba por esa linda cabecita.

Apoyó las manos en mi pecho, echándome un poco hacia atrás. Mierda, eso era un no de primera. Iba a darme la vuelta para marcharme cuando, de repente, se quitó el vestido que llevaba, quedándose en bikini ante mí. Seguidamente se quitó la parte de arriba y sus pechos quedaron ante mi vista. Los miré, deleitándome en ellos y volví la mirada a sus ojos, nublados por la pasión.

Ni una palabra, alargué la mano y rodeé su cintura para pegar nuestros cuerpos y devorar de nuevo esa boca, a conciencia. El beso se nos estaba yendo de las manos, la excitación nos tenía a los dos temblando. Mi mano bajó hasta sus nalgas, apretándolas y pegando su cuerpo a mi erección.

Caímos en la cama y me desnudé, con su ayuda, como pude. Me temblaban las manos por la necesidad que tenía de tocarla. Necesitaba sentir cada espacio de su piel pegada a la mía. La necesitaba a ella, por completo, unida a mí.

Besos, caricias. Nuestras manos y nuestros labios no paraban, dedicándose por completo al cuerpo del otro, a aprendernos su tacto, su sabor, su forma.

Y estábamos perdiendo el control.

Ambos lo sabíamos y no nos importaba en absoluto. El placer que nos proporcionaba era mayor a cualquier pensamiento racional.

Jugar con esos pechos me hizo creer que estaba en el cielo, eran más que perfectos. Y cuando mis dedos acariciaron su entrepierna, pensé que iba a terminar en ese mismo momento. Y no lo hice porque fui más rápido que ella, sus dedos solo llegaron a acariciar mi erección cuando me coloqué encima y la puse en la entrada de su vagina. La miré a los ojos y vi cómo afirmaba con la cabeza, así que entré en ella, después de protegernos, de una sola vez.

Gritamos, poseídos por el placer de sentir su cuerpo envolviendo la zona del mío que la estaba invadiendo.

—Brian... —suspiraba de vez en cuando.

Eso solo hacía que mi cuerpo temblara más, acelerando los embistes con que la hacía mía. No quería que ese momento acabase. Pero también quería derramarme dentro de ella y tocar el cielo.

Mordí su labio inferior antes de volver a devorar su boca. Mis movimientos cada vez eran más frenéticos, desesperados, buscando el final para los dos.

—Lili... —gemí cuando sentí que mi espalda se tensionaba.

Metí una mano entre los dos y acaricié ese lugar que tanto placer le daba y estalló, llegó al orgasmo gimiendo roncamente, sin controlar los temblores de su cuerpo, arrastrándome a mí después de ella.

La había hecho mía. Por fin la había hecho mía.

Y para desgracia mía, eso no era ahora suficiente.

Capítulo 9



Desperté a la mañana siguiente cuando el sol me dio en la cara. Me moví un poco y entonces reaccioné. La tenía dormida sobre mi pecho, entre mis brazos, completamente desnuda.

El corazón se me encogió, haciéndome feliz.

Acaricié su cabeza, quitándole el pelo de la cara. Se removió un poco y levantó la cabeza, mostrándome su somnolienta cara.

—Lo siento, yo... —dijo con voz ronca.

¿Sentir? ¿Qué tenía que sentir? ¿Dormirse sobre mi cuerpo?

Conseguí ingeniármelas para colocarla por completo encima de mi cuerpo tras ponerme protección, las manos en sus nalgas desnudas y entonces la besé. Dulce. Suave. Con cariño. Dándole seguridad y esperando quitarle esos miedos tontos. Después de lo que habíamos compartido la noche anterior, no quería ver inseguridad en ella.

—Buenos días —dijo cuando terminé el beso.

—Hola...

Mis manos acariciaban su trasero, provocándola al rozar su zona íntima y ella haciendo lo mismo al moverse encima de mí.

Levantó un poco su trasero, agarró mi erección y la metió en su interior. Cerré los ojos por la sensación de sentirla así, íntimamente. Cuando los abrí, ella seguía quita, con sus párpados cerrados y mordiéndose el labio. Estaba realmente preciosa.

Cogí su cara, abrió sus ojos unos segundos para volver a cerrarlos cuando la besé. Levanté mis caderas para entrar más en ella y entonces comenzó a moverse. Montándome lentamente, poniéndome cardíaco.

Mis manos no podían estarse quietas, bajaron por su espalda hasta su trasero, lo agarré y la apreté más contra mí, deseando y necesitando estar completamente dentro de ella.

Ambos comenzamos a movernos más rápido y con más fuerza, deseando llegar al orgasmo. Ese que no tardó en apoderarse de nuestros cuerpos, dejándonos laxos y completamente saciados.

—Ahora sí, buenos días —rio.

Solté una carcajada y volví a besarla. Tenía razón, ahora sí era el

momento de decir eso.

Tras una ducha, llegamos al restaurante para desayunar. Por primera vez, la pareja de tortolitos estaba allí antes que nosotros. Se nos quedaron mirando cuando nos sentamos y no dijeron nada más que un “buenos días”.

Empezamos a desayunar en silencio, hasta que llegó un momento en que ese silencio me pesaba. Levanté la mirada de la tostada que me estaba untando y me encontré con los dos mirándonos a nosotros mientras masticaban.

—Bueno, ¿qué? —dejé el cuchillo sobre la tostada, me eché para atrás y los miré.

Lili me miró y los miró a ellos, sin entender tampoco nada.

—Pues nada —dijeron ambos, cuales gemelos.

—¿Traigo monos en la cara o qué?

—No —otra vez a la vez.

—¿Entonces qué?

—Nada...

Puse los ojos en blanco, ya iban a sacarme de mis casillas.

—¿Habéis dormido bien? —preguntó Emma de repente.

—Sí —rio Lili.

—Ya vemos —dijo Enzo.

—¿Y qué es lo que veis? —pregunté.

—Nada...

—Oh Dios —suspiré, me iban a provocar un dolor de cabeza, con lo bien que me había levantado esa mañana después de hacer, de nuevo, a Lili mía.

No sé cómo fui capaz de desayunar en paz porque tener a esos dos pendientes a mí mientras lo hacía me estaba sacando de mis casillas. Pero menos mal que Lili estaba hecha de otra pasta, empezó a hablar sobre tonterías y consiguió cambiar el ambiente, llenándolos de risas por su forma de hablar y sobre los temas que lo hacía. Con su descaro y gracia, era imposible no reírse.

—Hoy no voy a mover el culo de la tumbona —ya, por fin, habló Emma de algo normal.

—Ni a beber —le advirtió Enzo.

—Pues beberé si quiero —resopló ella.

—Tienes que cuidarte.

—¿Y eso por qué?

Los miré, sonriendo, a ver si era capaz de decirle lo que sospechaba

porque fuera cierto o no, me iba a reír a carcajadas, seguro, con la respuesta de Emma.

—Porque tienes que vivir muchos años —dijo él finalmente, haciéndome reír aún más.

—Cobarde —le susurré y me miró con cara de querer matarme.

—Mira, vosotros haced lo que queráis —dijo Lili—. Emma y yo vamos a poner estos hermosos cuerpos al sol mientras lucimos palmito y no nos vamos a mover, como dice ella. ¿Vamos por el primer mojito? —preguntó emocionada, tocando las palmas y mirando a Emma.

—¿No es demasiado temprano? —pregunté yo riendo, antes de que mi amigo lo hiciera de otra manera menos diplomática.

—Nunca es demasiado pronto para beber —Lili sonó a una actriz de televisión y lo peor es que lo hizo hasta bien, sonó convincente, seguí riendo y Enzo resopló, desesperado. Su mujer estaba haciendo que el viaje fuera inolvidable de verdad.

Las dos locas, porque no podía definirlas de otra manera, se levantaron para ir a por sus toallas y quitarse la ropa, dispuestas a cumplir su promesa de que no moverían esos cuerpos de la hamaca, y lo creía.

—¿Una copa? —le pregunté a Enzo y, aun resoplando, la aceptó.

Nos acercamos a la barra y nos sentamos allí, pedimos un par de vasos de ron y sonreí.

—Vamos, Enzo, relájate un poco, se lo está pasando bien.

—¿Pero y si está embarazada?

—¿Crees que es tan insensata de hartarse de alcohol si lo está?

—Hombre no...

—Pues entonces relájate.

—Solo quiero que sea feliz —dijo de repente.

—Y lo es... ¿A qué viene ese miedo ahora?

—No lo sé, amigo. No lo sé, tonterías mías, nada más.

Lo entendía, a veces pensaba cosas así, hasta el hombre más seguro del mundo tenía sus miedos. Pero le duraba poco y volvía a ser el mismo de siempre rápidamente.

—¿Y tú? —me preguntó —Te fuiste muy pronto anoche.

—Sí, no sé qué me pasó.

—Brian, no tienes que ocultarme las cosas, ambos sabemos lo que te pasó.

—Ya... Tenía que tenerla cerca.

—¿Y ocurrió?

Cogí el vaso que el camarero había puesto delante de mí y le di un largo trago, cogí aire antes de responder a mi amigo.

—Pasó —reconocí.

—¿Y tan desastre fue?

—No. Es solo que... —no sabía cómo iba a explicar todo lo que estaba sintiendo en ese momento— Fue más que perfecto, Enzo.

—Vamos, tío, pues cambia esa cara, porque no es lo que parece.

—¿Y ahora qué? Creía que eso me saciaría y no es así.

—Te lo dije.

—Tenías que decir eso, ¿verdad?

—Pues sí —rio—. Hace no mucho eras tú quien me decía algo parecido a mí, ahora estamos en paz.

—No es lo mismo. Yo sabía que Emma te quería.

—¿Y no sabes lo que siente Liliana?

—No. No le pregunté. Ella sigue creyendo, seguramente, que solo quiero pasar el tiempo. Y, además, yo tampoco si para ella soy uno más y... Mierda, qué difícil es esto.

—En verdad no lo es, solo lo complicamos con pensar tanto. Deja que las cosas fluyan, si hay sentimientos, saldrán. A lo mejor ni ella misma lo sabe, como tú no lo hacías hace unas horas.

—No quiero separarme de ella todavía.

—Pues no lo hagas, amigo. Si de verdad quieres algo más con ella, si lo que sientes es real, entonces lucha. El amor no se encuentra siempre.

—¿Y si no me quiere?

—Entonces... Dolerá, pero lo tendrás que pasar.

—¿Tú qué crees?

—Yo... Creo que nos va a tocar preparar otra boda pronto —rio a carcajadas.

Pues, para mi sorpresa, eso no me hizo sentir mal, al contrario.

Miré adelante y las vi a las dos con sus pareos puestos, sus toallas en las manos, acercándose a la hamaca. ¿Sería esa a la mujer que quería ver por el resto de mi vida?

Quizás Enzo tenía razón y no debería de pensar tanto, solo dejar que las cosas fluyeran. Lo que había vivido con ella nos había unido mucho más y pensar no ayudaba de nada.

Me obsesioné con ella, queriendo tenerla en mi cama, desde el primer

momento en que la vi. Ahí no pensé en nada más, con el tiempo sí. Y ya había estado en mi cama, y yo quería más.

Iría a por ello sin pensar más allá de hacer lo que fuera sintiendo.

Pedí otra copa y brindé con Enzo, por lo que me quedaba por delante. Me levanté y fui directamente a buscarla.

—Lili... —le ofrecí mi mano y la cogió— En un rato volverá —le dije a Emma.

Me la llevé de allí a nuestra cama y la volví a hacer mía. Sin darme cuenta de que cada vez que hacía eso, era ella quien me convertía en suyo.

Ella era quien me seducía y me poseía cada vez que la tenía entre mis brazos.

Y así pasamos el día, de relax con Emma y Enzo y haciendo el amor antes de marcharnos de ese lugar que nunca olvidaría.

Capítulo 10



La semana que nos quedaba allí, por consenso, decidimos pasarla en la Habana. Volvimos allí. Necesitábamos y queríamos relax, sin hacer demasiado, solamente disfrutar de los placeres que pudiéramos encontrar y de la compañía que nos brindábamos unos a otros.

Además, ni qué decir tenía que así estaría más cerca de Liliana. Ya me preocuparía al irme, pero esa semana la pasaría con ella, en su ciudad. El camino de vuelta intenté convencerla para que se quedara conmigo. Enzo había buscado un hotel con todas las comodidades que queríamos y yo quería disfrutar de ella sin prisas. No quería perderme ningún momento que pudiéramos pasar juntos.

Me costó convencerla, hasta tuve que amenazarla con raptarla, pero al final, afortunadamente, accedió.

Así que cuando llegamos al hotel cinco estrellas donde nos alojaríamos, lo primero que hice al llegar a la habitación que iba a compartir con mi cubana, fue caer con ella en la cama. Y hacerla mía de nuevo.

Esa semana pasó rápidamente y ninguno de nosotros la olvidaría. Demasiadas cosas para recordar, anécdotas y cosas que serían mejor olvidar.

Menos mal que íbamos a pasar una semana tranquilos.

Tranquilo solo fue ese primer día que volvimos. Nos encontramos de nuevo para la cena y pasamos un rato divertido. Aunque de Enzo no puedo decir lo mismo, estaba para darle algo. Pero es que a Emma le gustaba buscarle las cosquillas.

—Cariño... ¿Unos mojitos?

Solo esa pregunta ya hizo que mi amigo resoplara.

—¿Vas a beber?

—Claro, pero tranquilo que controlo.

—Já —reí yo.

—Oye que sí. A ver si ahora, por una vez que me he emborrachado, voy a ser una alcohólica —resopló.

—No es eso, amor.

—No, es que no te puede controlar borracha —me morí de la risa, pero lo tuve que decir.

—Calla —me dijo Liliana y se rio conmigo.

—A ver, cariño —intervino dulcemente Enzo, ignorándonos a Lili y a mí—. No es porque no bebas, de verdad. Pero en tu estado...

—¿Qué estado, esposo?

—Bueno... —el pobre no sabía cómo salir de esa.

—¿Estás embarazada? —preguntó Liliana con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Embara qué? No, joder, ¿pero de dónde ha salido eso? —la pregunta de Emma fue directamente para su marido, lo iba a asesinar si teníamos en cuenta cómo lo miraba.

—Bueno, yo creía que... —dijo él.

—Es mejor que no pienses, amigo —no podía parar de reír.

—¿Pero de dónde sacaste eso, Enzo? —cuando lo llamaba por su nombre, es que estaba enfadada de verdad.

—Pues... No sé, yo conté y... No sé, hostias, pero lo pensé.

—Pues no pienses tanto —repetió mi frase—. ¿Crees que soy tan idiota de beber estando embarazada? —el cabreo iba en aumento.

—No, pero a lo mejor no te diste cuenta.

—No me di cuenta... Llevo años menstruando y ahora resulta que tú llevas mi control mejor que yo. No te preocupes, después te instalas una app del ciclo menstrual con mis últimos datos para que estés siempre al tanto, ya que mi periodo no es muy regular, al tanto de todo, ¿te parece?

—Emma, lo siento —dijo contrito—. solo me asusté. Ya sabes lo que significaría eso para mí.

Ahí se me cortó la risa, sabía a lo que mi amigo se refería y no era el momento de tomárselo como una coña. Emma también lo entendió y dulcemente acarició su cara.

—Lo sé, cariño y ocurrirá, pero aún no lo estoy. Y relájate, ya no estás solo en el mundo.

—Yo no sabía nada, Enzo, lo siento... —se disculpó Lili, con cara de pena.

—No, tranquila. Mis padres murieron hace tiempo y aunque ya lo tengo superado...

—Ahora me tienes a mí —dijo Emma con firmeza—. Tampoco tengo a mi madre cerca, sé cómo te sientes y no temas porque a mí no me vas a perder, amor —le dio un dulce beso en los labios y mi amigo, por primera vez en el viaje, pareció relajarse.

—Ay... —suspiró Liliana, mirándolos embobada. Cogí su mano y entrelacé nuestros dedos. Quería que sintiera que estaba ahí con ella, cosa que me agradeció apoyando su cabeza en mi hombro.

—Pero una cosa, amor —saltó Emma—. ¿es por algo de esto por lo que tú y yo, incluso antes de nuestra boda, no usamos protección?

—¿No tenéis sed? Mejor voy por unas copas —esa fue la respuesta de mi amigo, levantándose rápidamente y marchándose de allí para no responder. Liliana y yo volvimos a reír y Emma puso los ojos en blanco.

—Lo voy a matar —resopló.

—¿Y tú, Brian? ¿Qué es de tu familia? —preguntó Lili seguidamente.

—Nada extraordinario. No tengo hermanos. Mis padres viven en Miami. Se jubilaron hace poco y se marcharon para allá. Tenemos buena relación, pero últimamente nos hemos visto poco. Cosa que espero cambiar.

—Hazlo —me animó ella—. Que las cosas pasan y después nos queda el arrepentimiento de no haber pasado el tiempo suficiente con ellos.

—¿Tienes tú ese miedo, Liliana? —preguntó Emma.

—A veces sí. Siempre he vivido aquí con ellos, pero también he tenido el deseo de formar mi propia familia lejos de esta isla. Así que es como la crónica de una marcha anunciada, aunque nunca ocurra. Pero los tendría que dejar porque ellos no dejarían su país por nada del mundo. Los echaría de menos. Pero como eso no pasó aún, mejor bebemos —dijo dejando de lado la repentina tristeza que nos había invadido a todos.

—¡A beber se dijo! —grité y me levanté para ayudar a Enzo con las bebidas.

Bebimos y reímos, pero en plan tranquilos. Nos acostamos pronto ya que había sido un día largo y pesado. Esa noche Lili y yo no hicimos el amor, pero dormimos abrazados, como si después de tocar ese tema tan personal, nos necesitáramos el uno al otro y así parecía ser.

El miércoles, después de un martes de relax completo, pensé que nos iban a echar de la isla con la que se montó en el hotel. O eso o nos encarcelaban y moríamos allí, entre rejas.

Liliana había ido a visitar a su familia y yo me quedé solo con la pareja de tortolitos. Se notaba que desde la conversación que tuvieron dos noches atrás, mi amigo estaba mucho más relajado.

Pero la relajación le duró poco.

La vida tenía una extraña manía de reírse de la gente cuando más felices eran. Yo a veces pensaba que era como pruebas que nos ponía algo divino

para, dependiendo de cómo actuábamos, si las superábamos o no, podríamos pasar al siguiente nivel o bien quedarnos estancados. Una extraña teoría que me ayudaba a poner un poco de lógica a las jugarretas del destino. Aunque había algunas que no había formas de encontrarle lógica alguna.

Y esa de mis amigos fue una de ellas.

Estábamos tumbados en las tumbonas, tomando el sol, Emma había ido a por algo de beber tras tomar un baño en la piscina. Tardaba demasiado desde que salió a coger la toalla y decir que iba por bebida y Enzo ya miró hacia la barra, preocupado.

Y allí estaba Emma, hablando, o mejor dicho discutiendo, con un tipo.

—Ven conmigo —dijo Enzo. No era necesario, ya me estaba levantando para ir desde el instante en que lo vi.

Nos estábamos acercando cuando el hombre la cogió del brazo y ella intentó liberarse de su agarre.

—No toques a mi esposa —Enzo llegó allí en nada, su voz glacial.

—Vaya, así que tú eres el famoso marido.

—¿Y tú eres? —intervine yo, en plan matón. O te callas o te comes el puño, ese era el mensaje de mi lenguaje corporal. No solo por mi trabajo, defendería a mis amigos de lo que fuera necesario.

—¿Y por qué tengo que responderte a ti? ¿Qué eres, el tercero en discordia?

—Es mi exnovio —dijo Emma con desprecio, se colocó a un lado de Enzo, con medio cuerpo detrás de su marido. Mejor, así estaría más resguardada del imbécil.

—Ha sido una enorme casualidad encontrarnos aquí, ¿no creéis? —rio.

El tío era alto, pero no musculoso. Un tipo normal, de un soplido lo tumbaba. Me crucé de brazos, sin darle importancia. No sería un problema, no aguantaría más de un golpe y como Enzo no se relajara, se lo iba a llevar rápido.

—Así que tú eres el gilipollas que tiene una orden de alejamiento hacia MI mujer.

No sé si el insulto fue lo que más lo enfureció o fue lo de la sentencia.

—¿Vas a ponerte chulo? Porque estamos en Cuba, no sé si te diste cuenta. ¿Vas a denunciarme?

—No —dije yo calmadamente, mirándome las uñas tranquilamente, no solo funcionaba como método de “no me preocupas en absoluto porque de la somanta de palos que puedo meterte, te dejo inválido meses”, también

funcionaba en la vida real—. No puede denunciarte. Pero yo sí puedo atizarte.

—Qué nivel, Emma. ¿Con matones y todo? —rio a carcajadas el imbécil. Porque no se le podía llamar de otra forma.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Pues de vacaciones, como tú, así que tendrás que soportar verme —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tu cara desfigurada es lo que va a ver si no te largas pronto —le advirtió Enzo.

—¿Me estás amenazando? —el tío se abalanzó sobre Enzo. O tenía que estar bebido o era un verdadero gilipollas por atreverse a hacer eso.

Mi amigo sabía defenderse muy bien, pero yo ya le tenía ganas. Y, además, era más rápido. Lo paré y lo cogí por la camisa caribeña que llevaba.

—Óyeme una cosa, que me parece que no entendiste bien —mi voz era calmada, pero de hielo—. No sé qué haces aquí, no sé con quién estás y la verdad es que me importa una mierda. Pero ahora mismo vas a desaparecer. No quiero volver a verte, no quiero saber que sigues en este hotel. Porque si lo hago, si esta noche voy a recepción y me dicen que sigues alojado aquí, te juro que nadie se va a dar ni cuenta cuando te coja a oscuras y te parta los dientes. O las piernas. ¿Me has entendido?

No, no me había entendido en absoluto. Porque el imbécil me escupió en la cara. Me lo limpié sin que me afectara en absoluto. Lo empujé a la vez que lo soltaba y cayó al suelo de espaldas.

—Una hora tienes para desaparecer —le advertí.

Se levantó y nos fuimos a marchar de allí cuando vi, por el rabillo del ojo, como el imbécil iba a arremeter contra mí. Le solté un derechazo en la mandíbula que voló antes de caer de nuevo al suelo.

—Una hora —volví a decir.

Le hice señas a mis amigos y nos marchamos. Me encargaría de que Emma no lo volviera a ver. Liliana llegó en ese momento corriendo hasta nosotros.

—Dios mío, ¿qué pasó? —me paró y me miró la mano después de ver que no tenía ninguna marca en la cara.

—Tranquila, estoy bien.

—La tienes hinchada.

—No es nada —le acaricié la cara—. No te preocupes.

—Voy por hielo para la mano —dijo Enzo—. siéntate con las chicas —le

dio un beso en la frente a Emma.

Caminamos hasta las hamacas y nos sentamos.

—¿Quién era ese? —insistió.

—Mi exnovio. Tiene una orden de alejamiento.

—Dios, cariño, lo siento, ¿estás bien?

—Sí, Lili, tranquila. Enzo y Brian llegaron rápido.

—Me alegro. Tenías que haberle destrozado la cara —dijo mirándome a mí.

—No, con eso es suficiente —reí al escuchar su tono de rabia en ese momento.

—No, no es suficiente. Yo le habría sacado las tripas y...

—Lili, no digas nunca eso en los Estados Unidos —solté una carcajada porque la escena era cómica, lo que parecía amenazando era muy gracioso.

—Bastardo —lo insultó.

—Sí, pero mejor lo olvidamos —le hice señas con la cabeza, señalando a Emma. Estaba nerviosa y no era para menos y lo mejor era hacerla olvidar en la medida de lo posible.

Enzo llegó con el hielo y me lo puse en los nudillos para que no se inflamaran más. No me dolían, la satisfacción de haberle pegado a ese gilipollas era lo bastante fuerte como para notar dolor alguno.

—Gracias, tío —dijo Enzo.

—No hace falta, no seas idiota —yo no lo hice para eso y ambos lo sabíamos. Nuestra amistad era muy fuerte y ambos nos defendíamos a muerte. Y Emma ya estaba incluida en el pack, como yo sabía que Enzo actuaría igual si tuviera que defender a Liliana. No lo dudaría, aunque realmente no fuéramos nada.

—Pues dejemos el drama. No creo que tenga ganas de acercársele más o seré yo quien lo castre. Así que... ¡a beber!

Reí, las dos lo arreglaban todo con alcohol, pero en ese momento agradecía un buen trago de ron, whisky o lo que me quisieran traer.

Una hora después me acerqué a recepción y me quedé tranquilo al comprobar que ese tipo me había hecho caso y se había marchado del hotel. Estaba seguro de que no era tan idiota como para volver a acercarse a Emma mientras estuviéramos en Cuba. De todas formas, Enzo y yo estaríamos atentos.

Cenamos y nos acostamos pronto, Emma se había quedado demasiado nerviosa y Liliana y yo también agradeceríamos estar un tiempo solos en la

cama. Haciendo el amor antes de dormir y despertándola de madrugada para disfrutar el uno del otro.

Y esos recuerdos, tampoco se me iban a olvidar nunca.

Capítulo 11



Viernes, el día de marcharnos se acercaba y yo cada vez estaba más nervioso. No dejaba a Liliana ni un segundo, necesitaba compartir con ella todo el tiempo que pudiera. No podía dejar de tocarla, de besarla, de grabar en mi memoria cada gesto, cada mueca, esas sonrisas que tanto me gustaban... Todo lo que pudiera llevarme de ella, en mi mente estaría para siempre.

—Ey, ¿estás bien?

Estaba sentado a la barra del bar cuando Enzo apareció a mi lado. Las chicas estaban disfrutando de un baño en la piscina y yo las tenía controladas desde lejos mientras Enzo arreglaba por teléfono algunas cosas de la empresa.

—Otra para mi amigo —le dije al camarero.

Enzo se sentó a mi lado y me miró, serio.

—Brian... Puedes contarme las cosas.

—Lo sé, pero estoy bien, nada que contar.

—No entiendo qué ganas negándolo. Te conozco y sé que no estás bien.

Me bebí lo que quedaba de un trago y dejé el vaso en la barra.

—Nos vamos en nada.

—Sí... ¿Qué piensas hacer?

—¿Qué voy a hacer? Irme.

—Eso lo sé, no tienes de otra. Pero sabes a qué me refiero.

—No lo sé, Enzo. No tengo idea. No es una situación fácil y no puedo llevármela conmigo tampoco.

—Lo sé...

—Además, ni siquiera hemos hablado de nada más. Ambos sabemos lo que tenemos aquí, pero ¿con vistas a un futuro? No tengo idea...

—Creo que deberíais hablar de eso.

—O no. Tal vez es como me dijiste. Vivir las cosas sin pensar en el mañana.

—No lo dije en ese sentido.

—Puede que no, pero es lo más sensato. No sé qué hay entre nosotros. No sé qué piensa ella. Ni siquiera sé si...

—¿Si estás enamorado?

—¿Cómo saberlo?

—Eso tienes que descubrirlo tú solito. Pero te puedo decir que lo estás.

—¿Y cómo ibas a saberlo?

—Se nota. Pero no es la cuestión, Brian. La cuestión es qué quieres hacer tú.

—Ahora mismo disfrutar del tiempo que me queda con ella. Vivirlo al máximo. Después me tendré que ir y... No sé, ya veremos. A lo mejor estando en casa se queda todo como un bonito recuerdo y no me como tanto la cabeza, no sé.

—Claro y a lo mejor la olvidas —dijo irónicamente—. Amigo, haz lo que hazas, esté de acuerdo o no, sabes que siempre te voy a apoyar. Pero solo déjame darte un consejo, sigue siempre a tu corazón.

—Es lo que llevo haciendo desde que la vi.

—Pues síguelo haciendo, él te dirá lo que debes hacer en cada momento.

Pero mi corazón solo me decía que tenía que estar con ella y la razón que eso no podía ser. Tenía un lío de mil demonios en mi interior, porque por más que yo lo negara, muy dentro de mí sabía la verdad. Yo estaba enamorado de esa mujer y la quería conmigo toda la vida.

Pero las cosas no eran así de fáciles y, a veces, los sentimientos no eran suficientes. La vida también jugaba un papel importante en la historia de cada ser humano y no siempre querer era poder.

Vi cómo salían del agua, riendo a carcajadas y algo se apretó dentro de mi pecho. Pronto no vería esa sonrisa. Pronto no podría tocarla. Pronto sería solo buenos recuerdos. Y quizás, ella ya se había convertido en el amor de mi vida.

Me levanté y fui hacia ella. Me acerqué y me recibió con una enorme sonrisa que yo tapé rápidamente con mis labios. La besé, sin importarme quién nos viera y al terminar, cogí su mano y jalé de ella, llevándola a nuestra habitación. Tumbándola en nuestra cama. Haciéndola mía de nuevo mientras las emociones eran todo un caos en mi interior.

Ella acarició mi cara al terminar y se acurrucó junto a mí, suspirando.

Joder, la iba a echar de menos, pero no sabía qué más podía hacer.

Me desperté con la luz del sol, era un nuevo día, el último que pasaría en esa isla que tanto me había dado.

Miré a mi lado cuando no la noté y me quedé extrañado de que Liliana no estuviera a mi lado. Me levanté, me vestí y salí de la habitación a buscarla. Suponía que estaría desayunando.

Pero no estaba en el bar, ni mis amigos tampoco, pero de ellos no me extrañaba, siempre iban un poco más tarde.

Caminé por los jardines del hotel, esperando encontrarla, pero no lo hice. Era muy raro, no me había dicho que tuviera que ir a ningún lado por la mañana y tampoco me había dejado una nota. Una mala sensación se instaló en mi pecho, pensando que tal vez se marchó para no decirme adiós o...

El alivio se apoderó de mí minutos después. Caminando, llegué a la playa. La vi a lo lejos, sentada en la orilla, agarrando sus piernas con sus brazos y mirando hacia el mar, sumida en sus pensamientos. Ni se movía.

Llegué hasta ella sin hacer ruido y me senté a su lado. Ni se inmutó. Solo suspiró.

—Pensé que llegaría antes de que te despertaras.

—Te extrañaba a mi lado.

Miré al frente, como ella, observé el mar en calma.

—Me gusta mirar el mar. Siempre me ha gustado. A veces, cuando estoy muy nerviosa o tengo algún problema al que no le veo solución, voy al mar, me siento y lo observo. Entonces es como si mi mente se calmase. Como si me aclarase las ideas. O no... A veces solo me da la fuerza para entender que no hay ninguna solución y que hay que aceptar las cosas como son, no comerme la cabeza y pensar que todo pasa por algo, o que el que se cierre una puerta no es el fin del mundo... No sé cómo explicarlo.

—Para gente como tú crearon a Neptuno, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

—El dios romano del mar. El todopoderoso Neptuno. Para los nórdicos era Njörðr. Poseidón para los griegos. Pero los romanos tenían una peculiar forma de describir a esa divinidad.

Se decía que vivía bajo el mar, en castillos dorados. Cabalgaba sobre las olas en caballos blancos y cuando estaba enfadado por algo, agitaba su tridente sobre las aguas, creando las olas. A veces mortales, cuando su enfado y su castigo eran duros. El dios de los mares, un ser humilde en apariencia y quizás uno de los dioses más poderosos. Después de Odín, claro, nadie puede superar al dios nórdico por excelencia.

—No sabía que te gustara la mitología —dijo impresionada.

—Siempre me gustó. Pero a lo que me refería es que está creado para gente como tú. Esa gente de corazón puro, noble. Esos mortales que adoran el mar y que son capaces de conectar con él. De encontrar la paz en la inmensidad de esa agua que es aún tan desconocida.

Liliana se quedó en silencio.

—Lo siento —dije yo—. no quería aburrirte.

—¿Aburrirme? Por dios, no digas eso. Me he quedado pensando en lo que dijiste porque yo muchas veces me he preguntado por qué esa conexión con el mar.

—Simplemente la tienes y ya. No creo que tengas que buscarle un porqué.

—Sí... Mañana te vas —ahí estaba lo que la tenía así, por eso había ido a pedirle consejo al mar.

—Sí. Lili, yo...

—No, Brian. No digas nada. Yo quiero que sepas que nunca he buscado en ti un pasaporte.

—¿Qué? —pregunté alucinando —¿A qué viene eso?

—Es la fama. Y bueno, yo puedo bromear con el tema como también desear una vida mejor, pero no llegar a ese extremo.

—Lili, yo nunca he pensado eso de ti.

—Lo sé, pero necesitaba decírtelo. Lo que yo he vivido contigo aquí, estos días, no lo he vivido con nadie. Pero no quiero que te sientas mal. Los dos hemos disfrutado, hemos actuado como adultos y sabíamos lo que había. Te quedan pocas horas y lo único que quiero es pasarlas contigo. Reír y quedarme con más buenos recuerdos.

—¿Crees que no volveremos a vernos?

—No lo sé. Y tú tampoco lo sabes. Ni siquiera sabemos qué es lo que hemos vivido. Mañana nos separaremos y ya la vida dirá. No hay que hacer un drama mayor. Las cosas hay que dejarlas fluir, ¿no te parece?

Eso me había dicho Enzo, pero yo no estaba tan de acuerdo, aunque sabía que en esa ocasión no podía hacer mucho más. Tenía que volver a mi vida y ella a la suya.

—Para mí no has sido una simple diversión —le confirmé.

—Lo sé —me miró y me sonrió, con los ojos anegados en lágrimas—. Pero no pensemos en nada más ahora, no digamos cosas que suenen a promesa. Solo disfrutemos las horas que nos quedan juntos como si fueran las últimas, eso es lo mejor que podemos hacer. Nos lo debemos, ¿no te parece?

Me acerqué más a ella y la abracé. Necesitaba sentirla cerca. Sí, tenía razón. Lo nuestro no había sido, en ningún momento, algo simple. No era un simple capricho y ambos sabíamos que entre nosotros siempre había habido algo más. Pero las circunstancias, en ese momento, eran las que eran.

Y ella tenía razón. Sin promesas. Sin nada que pudiera dañarnos más aún a los dos, bastante teníamos con tener que vivir una despedida en pocas horas. Le daría los mejores momentos ese día y nos llevaríamos eso.

La besé porque necesitaba sentirla. El corazón me dolía por la tristeza de separarme de ella. Y en ese momento entendí lo que Enzo me dijo. Estaba enamorado de ella. Pero no un enamoramiento pasajero. La amaba, para tenerla junto a mí toda la vida.

La amaba como Enzo amaba a Emma.

Y sabiendo eso, la separación sería más dolorosa.

Terminé el beso y le puse el brazo por los hombros, miré al mar. No podía pensar en ese momento, solo vivir lo que me quedaba junto a ella y, como bien había dicho, ya la vida decidiría qué sería de nosotros.

O yo, que no le dejaba nunca nada al destino.

Capítulo 12



Desayunamos, el silencio se hacía notable, era obvio que tanto Lili, como yo, estábamos tristes.

Nos acompañó hasta el aeropuerto, nos fundimos en un fuerte abrazo, pasé el control policial aguantando que las lagrimas inundaran mi cara, pero era lo que necesitaba, llorar y soltar aquello que apretaba mi pecho y contrariaba mi alma.

Necesitaba estar en mi casa, refugiarme en mi apartamento y quitar toda aquella presión de mi cabeza. El vuelo aterrizó a la una de la tarde, cogimos el coche del parking y dejé a Enzo y Emma en su casa, quedándonos en ver al día siguiente para trabajar.

Desmonté la maleta, todo me olía a ella, todo me recordaba a un momento en concreto, cada camiseta, bañador, pantalón, a todo me venía un recuerdo.

Abrí una coca cola y me senté en el sofá, a llorar, rompí a llorar, no me quería imaginar una vida sin ella, no quería ni pensar en que no la volvería a ver, en que no la tendría más en mi cama ¿estaba enamorado? No lo sé, pero estaba con un vacío en mi alma que nunca había sentido.

Comencé a ver todas las fotos del móvil, me partía en dos, me arrancaba el corazón, se me iba la vida, jamás había tenido tanta necesidad de alguien, la cabeza me iba a estallar.

En el sofá me quedé todo el día, sin moverme, hasta quedé dormido, por la mañana desperté en el mismo sitio.

Me duché, un café y salí para casa de Enzo.

—Buenos días —dije abrazándome a él y echándome a llorar.

—Brian, no te pongas así —dijo abrazándome fuerte.

—La echo mucho de menos...

—Ven, hago un café y hablamos.

—¿Y Emma?

—Se fue a reunirse con Marshall, va a coger el departamento que quería, quiere trabajar —puso los ojos en blanco.

—Normal, para eso se sacó la carrera.

—Ya, la entiendo y prefiero que se sienta bien y libre. Cambiando de

tema ¿Qué piensas hacer con lo de Lili?

—Nada, no puedo hacer nada —se me saltaron las lágrimas de nuevo.

—Si puedes, o te casas y la sacas de allí así o le intentamos hacer una carta de trabajo por un tiempo o de invitación, a veces el gobierno las aprueba.

—¿Y si la cago?

—Pues si la cagas no serás el primero o el último, la vida continua, pero si no lo intentas quedarás siempre con la duda, o lo que es peor, que nunca la puedas olvidar.

—No sé cómo hacerlo...

—Yo te ayudaré, siempre has estado a mi lado, has luchado por mi y mi empresa como si fuera tuya, me has acompañado en todos mis momentos, para mi eres un hermano y ahora me toca ayudarte.

—Necesito que pasen unos días y ver como sigo.

—Claro, con el día a día veremos, pero si sigues así, vamos a por todas —me guiñó el ojo mientras ponía el café delante de mí.

—Tengo ansiedad, nunca me había pasado, estoy nervioso, el corazón acelerado, parece que estoy sumergiéndome en una depresión.

—¡Vamos al médico!

—No, ni de bromas...

—Vamos —dijo bebiendo de un trago el café e invitándome a salir.

Fuimos a la clínica, le dije los síntomas y me pusieron una pastilla debajo de la lengua, era para relajarme. Enzo me dejó en casa, el medico dijo que si al día siguiente seguía igual volviera.

A la mañana siguiente desperté mejor, sin quitármela de la cabeza, pero podía respirar, cosa que el día anterior me costaba.

Me reuní con Enzo y fuimos a las reuniones, me contó lo feliz que estaba Emma en el nuevo departamento, al final de la mañana la recogimos y nos fuimos con ella a comer, en todo momento me estuvo animando a que diera el paso, a que lo intentara, que no fuera tonto, que la vida me la había puesto en mi camino por algo, que no me quedara con la duda.

Los dos siguientes días fueron igual, Lili en mi cabeza, mi corazón triste como nunca lo había estado y yo pensando que me iba a morir de la pena.

El viernes por la mañana llamé a Enzo y le pedí el día de asuntos propios, le dije que necesitaba hacer algo, no me pidió explicaciones, solo me dijo que me cuidara.

Así que me fui al aeropuerto después de pillar un vuelo de última hora a

la Habana.

Capítulo 13



Aterricé en la Habana y cogí un vuelo directo a su casa. Al parar en la puerta un escalofrío recorrió mi cuerpo, su mamá salió y al verme su cara era de felicidad.

—Mi hijo, que alegría verlo de vuelta —dijo abrazándome.

—Igualmente ¿Dónde está Lili?

—Está en la bodeguita cantando.

—Voy para allá —dije sonriendo.

—Te guardo el equipaje —dijo cogiendo mi maleta de mano.

—Vale, se lo agradezco.

Paré un coco taxi y le dije que me llevara a la bodeguita.

En la puerta pude escucharla cantando, mi cuerpo se erizó y entré y me puse en la barra frente a ella, al verme, siguió cantando y comenzó a llorar, la gente me miraba porque ella lo hacía, yo estaba a punto también de hacerlo.

Cuando terminó de cantar se vino hacia mí y me abrazó.

—Brian ¿Qué haces aquí? —preguntó llorando mientras me apretaba fuertemente.

—No puedo vivir sin ti —dije con voz temblorosa.

—Yo tampoco... Me queda una hora, pide un mojito y espérame —dijo volviendo a su rincón a cantar.

—Te espero una hora y toda mi vida, pero no me voy sin ti.

La escuchaba cantar mientras me miraba, su mirada no podía mentir, pero ella estaba feliz, emocionada y sorprendida de verme ahí.

Cuando terminó nos fuimos a pasear, de la mano, a tomar algo por la plaza vieja.

—No me creo que estés aquí —dijo rodeando mi cintura.

—No podía seguir allí, sin ti, sin saber como estabas, sin tocarte, sin tenerte, Lili, tenemos que arreglar esto y venirte para Manhattan. Quiero casarme contigo.

—¡Acepto! Pero mi hijo, ni un anillo, ni nada —bromeó poniendo los ojos en blanco —Vamos a pedir la cita y hay que pasar unas entrevistas.

—Pues manos a la obra, yo me voy el domingo, te llamo el lunes por la noche y me dices lo que tengo que enviarte para que inicies el trámite.

—¡Estupendo!

—Te traje un móvil, lo tengo en la maleta que me está guardando tu mamá.

—¿Estuviste allí?

—Claro, fue al primer lugar que fui y ella me dijo dónde encontrarte.

—¿Has dejado la maleta en casa de una familia cubana? ¡La perdiste! — bromeó.

—Bueno, te gané a ti —la abracé fuertemente.

—Te quedas en mi casa a dormir ¿Ok?

—Claro, pero vamos a comprar un ventilador, me muero de calor sin aire acondicionado —sonreí.

—Yo tengo uno en mi cuarto, así que no hay problema porque vas a dormir conmigo.

—Claro, eso no lo perdono, no pienso dejarte ni un minuto.

Por la noche volvimos a su casa, su mamá nos esperaba con una sonrisa de oreja a oreja, le comentamos nuestros planes y nos felicitó eufórica por la noticia, feliz y agradecida por haber vuelto a por Lili.

Llamé a Enzo antes de acostarnos, le conté que estaba en Cuba, él lo sabía, además le dije las intenciones que tenía y me dijo que me ayudaría en todo, Emma le quitó el teléfono y me dijo que ese era el Brian que esperaba, que luchara como lo hizo Enzo, que tenía la bendición y apoyo de los dos.

Esa noche Lili y yo lo hicimos dos veces, no podíamos dejar de tocarnos, acariciarnos y transmitir todo lo que sentíamos, ella me contó lo triste que estuvo toda la semana.

Por la mañana la mamá nos tenía el desayuno preparado, nos advirtió que había llamado a la familia de la Habana y amigos íntimos para festejar por la noche en la terraza de la casa, los dos sonreímos y le dije a Lili que nos íbamos a comprar comida y bebida.

Pese a lo poco que se podía aspirar a comprar, nos hicimos con unos pollos para hacerlo a la barbacoa, los frijoles y arroz para que su mamá hiciera el congrí, una comida típica de allí, además de conseguir unas botellas de ron para hacer unos mojitos.

Ayudamos a su mamá en la preparación y por la noche comenzaron a llegar su gente, todos felices, pronto empezó a funcionar la barbacoa, la gente a cantar y bailar, una fiesta al aire libre arriba de la casa, con un ambiente que, a pesar de las circunstancias del país, era de lo más animado y bonito de vivir.

Nos acostamos tarde, no sin antes volverse a perder nuestros cuerpos, sabíamos que al día siguiente nos volveríamos a separar, pero no por mucho tiempo.

Capítulo 14



Volvimos a despedirnos en el aeropuerto José Martí, pero esta vez llenos de promesas, de sueños por cumplir y con la certeza de saber que en poco tiempo estaríamos en New York como marido y mujer.

Esta vez la entrada a mi apartamento era diferente, ilusionado, feliz, deseando que todo se arreglara rápido y sabiendo que algún día tendría a mi mulata por mi casa, alegrando cada rincón de ella.

Hablé con mis padres, les conté todo, quería tenerlos preparados para el día que diera el sí quiero, se pusieron muy felices, tenían muchas ganas de verme así que les prometí que iría a Miami el siguiente fin de semana.

Por la noche vinieron Enzo y Emma a cenar a mi casa, ella estaba como loca, quería ayudarnos con todo, pero le tuvimos que parar los pies, poco a poco, ahora había un montón de trámites que seguir antes de dar el sí quiero.

El lunes pasó lento, a pesar de que laboralmente lo tuvimos movidito, pero para mí se hizo eterno.

Por la tarde llamé a Lili, me dijo que teníamos la entrevista el lunes de la semana siguiente, que ella iba a preparar la documentación y me dijo la que yo tenía que llevar, quedamos en vernos el domingo, yo iría el viernes a ver a mis padres y de Miami cogería el avión para Cuba.

Enzo me dijo que me cogiera los días que me hiciera falta, que solo pensara en mí y en como aligerar todo.

La semana fue lenta, llena de nervios, deseoso de volver a ver a la que se iba a convertir en mi mujer.

El viernes ya estaba de camino a Miami, mis padres me recogieron en el aeropuerto, felices por verme y felices por el paso a dar.

Pase con ellos hasta el domingo, paseando por Miami Beach, por el downtown, comiendo por todos los rincones, mis padres eran unos exagerados, pero como todos los padres.

El domingo cuando aterricé en la habana y vi a Lili, la cogí en brazos y comencé a dar vueltas, la gente nos miraba, pero mi felicidad estaba por encima de todo, la amaba y ahora íbamos a empezar a luchar por lo que queríamos, estar lo antes posible juntos para siempre.

El lunes presentamos todo, nos hicieron la entrevista, dijimos la verdad, a

pesar de saber que no había una relación de tiempo que nos avalara, pero parecimos caerle bien, tenían que aprobarla una vez hubiéramos contraído matrimonio, el proceso era así, casarnos allí, luego daban la aceptación en un periodo que podía pasar hasta seis meses, pero contra antes lo hiciéramos mejor, así que a casarse en Cuba tocaba.

Avisé a Enzo y a mis padres, les dije mi intención de hacerlo el viernes, así que yo ya me quedaría en la isla y ellos vendrían a acompañarnos en ese momento.

La semana la pasamos preparando todo, ella eligió un vestido que alquilamos, allí era típico hacerlo así, hablamos con un restaurante para el tema del convite, con los coches antiguos que nos llevaría a los invitados y dejando todo listo para la que sería la mayor locura de nuestras vidas.

El jueves llegaron mis padres, Enzo y Emma, nos alojamos todos en el hotel Nacional, Lili y yo también.

Mi madre encajó pronto con ella, se trataban con mucho cariño y estaban muy felices juntas, Emma también estaba en todo momento con ellas, animando a la que se había convertido en su gran amiga.

Capítulo 15



Llegó el día, yo había dormido con Enzo y Lili con Emma, como mandaba la tradición, así que ella se vestiría en esa habitación y yo con mi amigo.

Bajé nervioso, el coche que me llevaría con mis padres y Enzo, ya me esperaba abajo, así que salí hecho un flan y nos dirigimos en esa reliquia intacta de automóvil hasta el juzgado.

Esperamos en la puerta, me bebí hasta un mojito que me trajo Enzo del bar de enfrente, eran nuestras locuras, pero el momento no merecía menos.

Un rato después tocando el claxon llegó el coche de Lili, con su madre y Emma...

La vi bajar, preciosa, con ese traje color tierra, de tirantes, entallando todo su cuerpo y una media cola, preciosa, sentí una sensación que jamás imaginé, la felicidad era aquello, era ella, el paso que íbamos a dar, lo era todo.

Los testigos Enzo y Emma, sin dudas, nos reímos mucho y se bromeó también durante la ceremonia, la oficial que la estaba oficiando estaba muerta de risa con las cosas de nosotros, mi madre lloraba como una macarena y contestaba por mí a la aceptación del matrimonio, ¡ni que me fuera a arrepentir!

De allí nos fuimos al convite, comimos, bebimos, pasamos todo el día, un grupo cubano de salsa amenizaba la fiesta y la complicidad del momento de Lili y mía, hizo que fuera el día más mágico de mi vida.

—Quiero decir algo —dijo Enzo levantándose cerveza en mano.

—Todos a rezar —bromeó Emma.

—Qué hable el testigo —gritó Lili aplaudiendo emocionada.

—Quiero decir —carraspeó —que es mi hermano, no llevamos la misma sangre, pero estamos conectados por el hilo rojo de la vida, como yo con mi mujer —miró a Emma emocionado —Quiero desearos la mayor felicidad del mundo. La que hemos liado en menos de tres meses —dijo señalando a Lili y a Emma —hemos cambiado nuestras vidas de vividores y solterones, estas dos son las culpables ¡Bendita culpabilidad! —todos rieron —Os deseo lo mejor del mundo, quiero ver como comenzáis una vida, a nuestro lado por supuesto —rio —que las locuras son las que nos mantienen vivos y que

estamos muy feliz de ampliar esta pequeña familia que se forjó en el edificio que tú y yo llevamos, pues aunque me veas como jefe a veces, para mí eres mucho más, eres mi hermano, ese que nunca tuve y que quiero que sepáis que os quiero a los dos ¡Felicidades!

La gente aplaudía emocionada.

—¡Me toca! —gritó Lili —Yo quiero decir algo —sonrió mirándome — Esta noche vamos a follar como locos ¡Viva mi marido! —chillo con la copa de vino en mano ante la risa de todos, hasta de mis padres.

—Ya veis lo fina que es mi mujer —reí negando con la cabeza —todo lo que tiene de bruta lo tiene de corazón, ese corazón que enamoró al mío desde el primer momento y que estoy seguro de que esto no es un error, sino el paso más bonito e importante de nuestras vidas.

—Pues me toca hablar —irrumpió Emma levantándose —Y voy a ser clara —guiñó el ojo a Lili —yo os deseo toda la felicidad del mundo y tú y yo, nos vamos a convertir en hermanas, nos uniremos para cuando estos dos se pongan tontos ¡Viva nosotras!

—¡Viva! —Chilló Lili y todos, mientras morían de la risa.

La fiesta duró todo el día y hasta altas horas de la noche, donde ya nos fuimos a dormir al hotel como marido y mujer, con una nueva vida por empezar, aunque aun nos quedaba que el gobierno nos diera esa carta de libertad...

Llegamos a la habitación, la metí en brazos y caímos en la cama, haciendo el amor con su vestido puesto, se negaba a quitárselo, pero a mí me daba igual, la veía tan guapa como desnuda, la amaba de mil maneras, era mi mulata, la que se había convertido en la mujer de mi vida.

Al despertar nos fuimos a desayunar, allí estaban mis padres con Enzo y Emma, comenzaron a aplaudir al vernos, nos abrazamos a ellos y pasamos el día por la ciudad, enseñando a mis padres la Habana, esa que les había impresionado y gustado a los dos, de igual manera, decían que volverían a pasar más tiempo que querían recorrer la isla una temporada.

El domingo nos tocó a todos despedirnos, yo le prometí volver en dos semanas a verla, estaríamos así hasta que por fin le llegara la carta de aprobación y pudiera venirse conmigo para siempre a Manhattan.

Mis padres cogieron el vuelo para Miami, yo con Enzo y Emma para New York, triste, pero a la vez feliz de saber que mi Lili, ya era mi mujer.

Capítulo 16



Mi apartamento, el que formaría parte de la vida en común de los dos, ese que ya iba a esperar con los brazos abiertos a Lili.

Me tiré en el sofá y observé alrededor, podía imaginármela por aquí merodeando, jugueteando conmigo, provocándome como ella solo sabía hacerlo.

Me tiré todo el día de descanso, sin salir, no me apetecía más que disfrutar de la intensidad de los hechos y de mi más hermosa locura.

Por la noche llamé a Lili.

—Hola, mi amol, estaba pensando ahora mismito en ti...

—¿Solo ahora? —protesté

—No seas bobo, siempre, pero sabia que estaba al caer tu llamada, dime mi príncipe ¿Tu como estas?

—Echándote de menos...

—Igual que yo, pero pronto si diosito quiere estamos juntos.

—Más que diosito, tu gobierno —bromeé.

—Bueno es una labor conjunta.

—Qué fe tienes —bromeé.

—Bueno sí la tengo, es bueno aferrarse a algo, si no aquí en esta isla te come la miseria.

—Lo imagino, estoy loco por que estás aquí.

—Mi mamá me llama señora, bromea haciéndolo, pero está muy feliz.

—Claro, es normal su hija se caso con un gran hombre —reí.

—Tu sí que te casaste con un bombón de mujer —respondió animadamente.

—Sé me van a hacer estas dos semanas eternas hasta verte...

—Y a mí, pero bueno confiemos que pasen rápido y que el gobierno también responda de esa forma.

Así nos tiramos hablando una hora, despidiéndonos hasta la llamada del día siguiente.

Miré mi cuenta y me lleve una sorpresa, tenía cincuenta mil dólares de más, regalo de boda de Enzo, me quedé blanco y mis padres también me había regalo diez mil dólares, llamé a los dos para agradecerse, Enzo me

dijo que pensara cuando volviera Lili, en mi luna de miel, que también nos la regalarían, era como un hermano, sin dudas...

La semana se pasó volando a pesar de echarle de menos a cada segundo e instante de las horas del día, pero paso rápido, el sábado por la noche salí con Enzo y Emma a cenar, nos fuimos al restaurante donde ella trabajaba, los compañeros la recibieron felicitándola y felices, ella bromeaba diciendo que había sido lista, pero en el fondo, su mirada la delataba, amaba a mi amigo con toda sus fuerzas.

Ella no paraba de beber, decía que nos iba a pagar todo lo que le hicimos pasar mientras ella trabajaba, así que se puso de lo más animada, alocada y como una quinceañera que se le acababa el mundo esa noche.

—Os voy a decir una cosa a los dos —dijo toda achispada.

—Veremos —dijo Enzo mirándome con gesto de temor.

—Lili es mi hermana, pacto de amigas para siempre, así que quiero que la tratéis como a mí, si no... vais a tenérsela que ver conmigo.

—¿Yo vérmelas con ustedes? ¡No! Prefiero ponerme de vuestra parte —dije haciéndole una mueca a Enzo.

—Chico listo —dijo gangosa, el alcohol le estaba haciendo mellas.

—Pues yo puedo con los tres, así que no me valen esas amenazas —dijo chulescamente Enzo.

—Advertencias, querido, advertencias —respondió en tono gracioso.

—Llámalo como quieras —guiñó su ojo.

—Pues sigo, pues os tengo que decir más cositas —dio un gran trago.

—Sigue bebiendo y me las dice en coma —negó con la cabeza Enzo.

—Si no hemos terminado en coma nosotros, no termina ella —reí.

—Eso, ya empiezas a defenderlas ¡Qué bonito!

—Hermano, mejor unirse al enemigo —me encogí de hombros.

—Ya te vale —rio.

—Dejadme hablar, así no se puede —miró a la copa —yo necesito a Lili ya —se le saltaron las lagrimas de la borrachera, Enzo y yo nos miramos aguantando de reír —necesito irme de shopping con ella, tomar café, ir al gimnasio, cosas de mujeres...

—Pronto las podréis hacer —irrupí.

—¿Pronto cuándo? Si quisieras esta semana ella estaría aquí, ¿no sabéis que la mitad de los matrimonios que salen de cuba es porque arrimaron el sobre a la persona responsable de agilizar el trámite?

Enzo y yo nos miramos.

—¿De dónde te sacaste eso? —pregunté alucinando.

—Es una verdad que se sabe y se cuenta por todos los rincones, con quinientos dólares te la traes en dos días, yo tenía una compañera de trabajo que se lo gestionó a su hermana para sacar al novio.

—¿Tienes forma de contactarla? —preguntó Enzo.

—Claro, mañana, ahora no son horas de llamar —soltó una carcajada.

—Vamos a investigar, si es así, la sacamos ya, pagamos lo que sea y me la traigo —dije pensando en esa posibilidad que me había devuelto la vida.

Pasamos una velada fantástica, nos recogimos casi al amanecer, pero me fui a la cama con la intención de investigar y agilizar el tema como fuese.

Capítulo 17



Desperté por la tarde, con una resaca de campeonato, con las ganas de hablar con Lili y explicarle lo que me había enterado.

Mi asombro fue que al decírselo ella sabía como hacerlo y como dar con esa persona, le dije que investigara al día siguiente y me tuviera al tanto.

El lunes por la mañana se lo conté a Enzo, el me dijo que Emma estuvo llamando a esa compañera, pero no la consiguió localizar, pero que, si el tema era pagar, eso se haría y sacaríamos contra antes a Lili.

Por la noche llame a mi mujer, que bien sonaba eso, me dijo que con seiscientos dólares le daban la documentación autorizada en veinticuatro horas, le dije que la llamaría al día siguiente y llamé corriendo a Enzo, me dijo que saliera pitando para Cuba y que no volviera hasta traerla conmigo...

Por la mañana me puse rumbo a la habana, al aterrizar llamé a Lili, le dije que un amigo le daría el dinero en la plaza vieja en media hora, que fuera para allá y allí me cole yo, dándole la sorpresa, al verme, se tiró en mis brazos como una niña que no veía a su familia desde hacía muchos años.

Tomamos algo ahí y luego fuimos al hotel que había reservado por dos noches hasta ver que pasaba, dejamos la maleta, me protestó por no quedarme en su casa, pero el calor era asfixiante y prefería dormir al fresco de un aire acondicionado, yo no estaba acostumbrado a eso y lo pasaba por la noche mal.

De ahí nos fuimos a hablar con la persona oportuna, ya Lili había contactado con ella y nos estaba esperando, así que le pagamos y nos dijo que, al día siguiente a última hora de la mañana, ya podíamos pasar a retirar las autorizaciones.

Lili y yo, salimos de allí felices, llamamos a Enzo, se puso loco de contento y nos dijo que nos esperaban con los brazos abiertos, luego fuimos a casa de Lili a preparar su equipaje, compramos una maleta y metió lo que tenía, tampoco era mucho, su madre estaba nerviosa pero feliz, dejamos sus cosas en el hotel, ya se quedaba conmigo, aunque antes de volver a New York, iríamos a despedir a su familia.

La tarde la pasamos paseando por el cementerio de Colon, era impresionante, una necrópolis declarada patrimonio de la humanidad de la

isla de Cuba. Uno de los cementerios más importantes de América y más famosos del mundo, situado en la ciudad de la Habana, aquello era un museo al aire libre, lleno de historia.

Por la noche estuvimos en la habitación pronto, habíamos cenado y teníamos ganas de devorarnos el uno al otro, de perdernos en la locura del sexo y el amor, ese que atravesaba cada poro de mi piel.

A la mañana siguiente nos fuimos a desayunar frente al malecón, luego nos dimos una vuelta por los alrededores de donde teníamos que recoger nuestra documentación, hasta llegar a la hora pactada.

Cuando entramos estábamos nerviosos, cabía la posibilidad de que algo hubiera pasado y eso nos comía por dentro, pero no, nos dio todo, incluido su pasaporte, toda la carta de libertad para pasar su vida junto a mí, lejos de estar atada a esa isla, su isla, pero que no era libre como ella quería.

Fuimos a casa de su mamá a despedirnos, antes llamé a Enzo para que nos gestionara los dos billetes y me lo mandara a mi correo, al día siguiente partiríamos a New York.

A escondidas de Lili le dejé un sobre a su madre, con quinientos dólares, sabía que eso le haría mucho, además el dinero que cogimos por la boda era de los dos y yo estaba seguro de que Lili hubiera hecho lo mismo, a la mamá le dije que no podía abrir el sobre hasta que nos fuéramos, no sabía que contenía, en esos momentos apareció Lili con sus ahorros y se lo entregó, apenas sesenta dólares, la cara de su mamá era de alegría y lloro, no quería ni imaginar cuando abriera mi sobre.

Nos fuimos por la habana a pasar el resto del día, por la mañana saldríamos para la que sería nuestro hogar a partir de ahora.

Le compramos a Emma y Enzo un cuadro con el malecón y un grupo de cubanos bailando, luego le compramos unos joyeros de madera para Emma, la otra vez quiso comprarlos, pero por no cargar ese día con la bolsa, no lo hizo, así que le cogimos un par de ellos.

Por la noche mi mujer estaba nerviosita, iba a salir de esa isla por primera vez y estuvo hasta vomitando de los nervios.

Por la mañana desayunamos y nos fuimos directos al aeropuerto, cuando estábamos montados en el avión, se abrazó a mi cuello y comenzó a llorar de felicidad.

Capítulo 18



Aterrizamos en New York, al salir estaban Enzo y Emma esperándonos, nos abrazamos todos riendo, felices por, por fin estar todos juntos allí.

Nos fuimos al apartamento, ya había flipado Lili por el camino, con los edificios, coches, comida por todos lados, pero al llegar a mi casa, estaba asombrada, no podía creer la calidad de vida que existían en los hogares fuera de aquello en lo que ella había vivido, al abrir la nevera se puso las manos en la boca, en su vida había visto tanta comida junta.

Nos fuimos a comer a un restaurante mexicano, Lili era una niña de quince años, nerviosa por todo lo que veía, quería probar todo, no paraba de comer y de emitir ese sonido de placer que le producía ello, nosotros la mirábamos disfrutando de verla feliz.

—Tenéis que escoger vuestra luna de miel —dijo Enzo —es regalo de Emma y mío.

—Tengo el trabajo muy de lado —protesté.

—Ya lo retomas a la vuelta ¿Dónde os apetece ir?

—Yo soy feliz aquí para mí es bastante con acostumbrarme a esto —dijo Lili comiendo los tacos.

—No, tenéis que ir, es vuestra luna de miel, así que decidir pues luego iremos a comprarlo —dijo Emma.

—¿Dónde te gustaría ir? —pregunté.

—A mi donde quieras, me da igual, sinceramente cualquier lugar para mí será perfecto, pero si me tengo que decantar diría que algo de África, siempre soñé con eso.

—¿África? A donde exactamente...

—A Egipto, Kenia con isla Mauricio...

—No se diga más, os vais a Kenia, los Masáis os esperan —dijo Enzo.

Sonreí, me veía allí con ella llena de mosquitos, en medio del África profundo, disfrutando con ella de esos contrastes tan grande que nos esperaban.

Acompañamos a Enzo a la agencia y salimos con nuestro viaje en las manos, ese que comenzaríamos en dos días, todo un estrés para lo que llevábamos vivido, pero, con ganas de vivir todo tipo de aventuras con la que

sabía que era la mujer de mi vida.

El día siguiente lo pasamos de compras, ella necesitaba ropa, mucha ropa, venía con lo mínimo, así que compramos a lo Pretty woman, ella estaba flipando, todo se le antojaba y sabiendo los regalos de la luna de miel, aproveché para darse muchos caprichos, pero sin tirar, cosas que le iban a hacer falta para el viaje y para el comienzo de su vida en New York, donde no estaba preparada para el frío que allí se alcanzaba.

Capítulo 19



Volando a África, donde pasaríamos los próximos doce días.

Aterrizamos en Nairobi, donde nos trasladaron a un precioso hotel, ahí pasaríamos el día siguiente entero y al otro volar a Massai Mara.

Fuimos a visitar el orfanato de Elefantes, las jirafas en Giraffe center y visitamos el parque nacional de Nairobi.

El orfanato de elefantes era algo impredecible, lo hicimos por apuntarnos a algo el día que íbamos a estar en la ciudad, pero nos cautivó, era algo extremadamente especial, la historia de que son rescatados después de que hayan asesinado a sus padres, era algo que te encogía el corazón, Lili, lloraba conforme escuchaba la historia, a mí me faltó poco, pero me aguanté como un campeón. Solo abren una hora al día y ves como sus cuidadores lo alimentan con enormes biberones, también se revuelcan y juegan en el barro, hecho que, hacia un tierno momento, daban ganas de revolcarse con ellos.

—Me quiero llevar uno a casa —dijo Lili, secándose las lagrimas mientras yo reventaba a reír con su comentario.

—Claro, le hacemos en el salón su dormitorio, ya el baño lo compartimos los tres —bromeó.

—Pues no me importaría —se cruzó de brazos mientras el nudo de su garganta no se deshacía.

—A mí tampoco —puse los ojos en blanco sin que me viera —pero al final estarían privado de libertad, aquí están muy bien cuidados y son felices.

—Ya lo sé —dijo como pudo, estaba super conmovida con aquello.

Luego nos llevaron al Giraffe Center, menos conmovedor de historia, gracias a Dios, no iba a ganar para clínex con Lili, si le volvían a contar una historia como la de los elefantes.

Centenas de jirafas, Lili, estaba emocionada dándoles de comer de su mano, no paraba de exigirme que le tirara mil fotos, ahí estaba yo haciendo de National Geographic para mi chica.

Y como joya y terminación del día, nos fuimos al parque nacional de Nairobi.

Leones, rinocerontes y un sinfín de animales en viviendo en aquel gigante lugar natural, nos comentaron que era una de las mayores reservas africanas,

totalmente protegida y viviendo los animales en total libertad.

Por la noche llegamos al hotel cansadísimo, Lili, se metió en el baño mientras yo mandaba un email a mis padres y a Enzo, cuando fue a darle el encuentro al baño... ¡estaba roncando!

—Lili, cariño, vamos te ayudo a secarte y te acuesto.

Ni caso, tuve que llamarla unas cuantas veces, estaba agotada, conseguí sacarla, ayudarle a secarse y acostarla, luego me bañé yo, sonriendo por verla así, durmiendo tan plácidamente.

Al día siguiente volamos en avioneta a Masái Mara.

Fuimos al parque natural directamente, una de las reservas más importantes de Kenia.

Llegamos a Masái, al norte del Serengueti, en sus llanuras. Llegamos al campamento, una de las llegadas más bellas que había vivido en ningún lugar, Lili, no salía de su asombro.

Un campamento enclavado en las gargantas de leopardo, las tiendas de campañas gigantes se convertirían en nuestro alojamiento más salvaje, con una cama gigante de matrimonio y todo precioso, acorde al lugar en el que estábamos, inclusive, tenía un baño grande dentro de la tienda, aquello era pura mágica, pura vida, una experiencia que sabía que nunca iba a olvidar.

Cenamos en el campamento y nos acostamos, estábamos rendidos del viaje, pero esa noche no se me iba a quedar dormida, tenía que hacerlo bajo el cielo de Kenia, en aquel parque con aquellos sonidos de animales, con toda la extraña y preciosa sensación que aquello nos transmitía.

Por la mañana desayunamos ahí y luego nos fuimos a un poblado Masái donde nos recibieron cantando para nosotros, aquello fue precioso.

Nos recibieron las mujeres en sus cabañas, querían enseñarnosla, tenían todo sincronizado para los turistas, algo real, pero no por eso dejaba ser menos especial, a pesar de que no nos entendía, con signos y gestos, pudimos transmitirnos algo.

Nos hicieron los hombres el tradicional baile de saltos, Lili no paraba de flipar y sacar selfis, al final montaron tenderetes para vender pulseras y cosas que hacen ellos, como no, compramos un montón de cosas que se le antojo a Lili y que excusaba con que eso les ayudaría a ellos.

Pasamos a otro poblado, nos llevaron ese día a tres, al final todo era lo mismo, pero lo estábamos pasando en grande, además, llevábamos unas cantimploras con un ron que habíamos comprado en el aeropuerto de New York, le íbamos dando algunos tragos y estábamos con un subidón que nos

ayudó aun mas a conectar con las tribus.

Cuando llegamos al campamento cenamos y caímos rendidos, no sin antes, volver a dejarnos llevar por el calentón que llevábamos aguantando durante todo el día, Lili provocando era una fiera.

Llevaba un rato acariciando su espalda. Estaba tumbada boca abajo, desnuda, una sábana tapando parte de su cuerpo y disfrutando de mis dedos sobre su piel. La satisfacción que sentía al pensar que la tendría así cada día de mi vida no se podía describir con palabras.

Un escalofrío por su cuerpo y reí.

—Si quieres, paro.

—No —gimió, se dio la vuelta y se puso boca arriba—. Puedes seguir.

Sonreí, ni siquiera abría los ojos, estaba disfrutando. Puse mis dedos en su cuello y comencé a acariciarla ahí, bajando lentamente por su pecho, hasta su vientre, donde la hizo encogerse por las cosquillas.

—Si no te quedas quieta, no podré seguir.

—Perdón...

Volví a su vientre y seguí jugando con mis dedos hasta llegar a la parte baja de su estómago. Apenas la había tocado y ya estaba gimiendo, moviendo un poco las caderas.

—¿Sigo?

—Por favor...

Una risa floja salió de mi garganta. Sabía que estaba excitada y a mí me encantaba jugar con ella. Bajé, ignorando la zona que quería que tocara, acaricié sus piernas y esa vez gimió de la frustración.

—Brian...

Coloqué mi mano sobre su sexo y la dejé quieta.

—¿Eso es lo que quieres?

Abrió los ojos y me miró. La pasión nublaba los suyos.

—Te quiero a ti. Siempre.

Con su mano en mi cuello, jaló de mí hacia ella y me besó. Había tomado el control de la situación en un solo movimiento y era yo quien lo tenía. Me hice cargo del beso y me tumbé sobre su cuerpo. Ya no valían los preliminares ni la sutileza, ya estaba desesperado por hacerla mía.

Mordí su labio cuando entré dentro de su cuerpo, la sensación de sentirla siempre alrededor de mi erección me hacía perder el control.

Mis movimientos ya no eran dulces, eran frenéticos, haciéndonos sudar a ambos y gemir casi a gritos.

Sin dejar de besarla, hasta callar con mi boca su grito al llegar al orgasmo. Tragándose ella el mío y abrazando mi cuerpo tenso mientras me derramaba dentro de ella.

Saciados por un rato, pero conociéndonos, no tardaríamos mucho en desear repetirlo. Salí de ella y la coloqué encima de mí, acaricié su espalda hasta que noté que se había dormido. La abracé y le di un beso en la cabeza, ahora sí podía descansar yo.

Despertamos y vuelta a ese succulento desayuno, para luego hacer un safari y ver a todos los animales en libertad, además de comer en un sitio preparado diariamente en medio de todos los animales, en una cuadra acotada y a la vista de todo ser vivo que deambulaba por el parque.

Pasamos un día genial, divertido, lleno de chillidos cuando veía Lili a algún león acercarse al turismo 4 x 4 que nos llevaba por allí.

Por la noche estuvimos hasta altas horas, después de cenar nos tomamos unos tragos de Ron y estuvimos charlando sobre la experiencia vivida en estos 4 días en el país, al día siguiente nos íbamos al relax de África.

Capítulo 20



De ahí nos fuimos a la isla Mauricio, donde pasamos los últimos seis días de los cuales no me reí más en la vida con Lili, era una niña pequeña en un día de christmas, así que solo de verla tenía que sonreír, ella había vivido el todo incluido de Cayo Coco, pero nada comparado con la cantidad de variedad de comida de esta isla.

La isla era una belleza y la calidad de los resort avalaban el éxito de ese destino.

Aunque el trozo de arena no era muy ancho, era todo un espectáculo pasear bordeando esas aguas cristalinas, esa arena blanca y fina, lleno de bosques de palmeras.

El primer día llegamos tarde y fuimos directo a cenar, de ahí a dormir.

A la mañana siguiente estábamos dispuesto a vivir un día de aventura y lo que surgiera, terminamos negociando con el chico de un catamarán, Lili, con su gracia, fue la que más peleó por el precio.

Nos llevaron a unas cascadas, tuve que hacerla mil fotos, decía que iba a crear un Facebook de glamour y fotos a lo influencer, yo me moría de la risa con ella, nos pusimos a hacer un poco de snorkel y ver la cantidad de preciosos pececillos que giraban a nuestro alrededor, Más tarde nos subimos a otro catamarán que iba ofreciendo barbacoa a todos los pasajeros de los demás catamaranes, más tarde de nuevo otro baño entre los bancos de corales y finalmente nos llevaron al hotel.

Nos pedimos dos copas y nos sentamos en la orilla, frente al mar.

—Brian ¿sabes con que me quedo por ahora de este viaje?

—Dime...

—Pues con que en Cuba a pesar de las necesidades y todo lo que conlleva, no es el peor país del mundo para vivir, aquí entre los poblados de Masái y Nairobi, tuve la sensación de haber tenido la suerte de haber nacido en una isla como la mía.

—Me impresiona, pero lo noté en varias ocasiones con algún comentario o frase que decías.

—Bueno ahora soy ya la reina del mambo, aunque aún no viví en Manhattan, el poco tiempo que estuve allí comprendí que eso era calidad de

vida.

—Te queda mucho por descubrir —dije poniendo mi mano sobre la suya y acariciándola.

—Pienso mucho en como os conocí, lo que más me impactó fue la historia de Enzo y Emma, sentía envidia sana por ellos, me reprochaba mi mala suerte de que no me pasaran a mí esas cosas, más cuando había acabado de conocer al hombre que más he amado, ósea, a ti —me sacó la lengua.

—¿Y?

—Me equivoqué, cuando volviste a buscarme me di cuenta de que era la mujer más afortunada del mundo y ahora he comprobado que estoy viviendo la historia de amor más intensa del mundo a pesar del poco tiempo en el que ha transcurrido todo.

—Yo apuesto a que nos va a ir muy bien.

—Yo también, ni te pienses que te podrás deshacer de mí...

A Lili se le veía feliz, disfrutando de cada momento, era muy cariñosa, estaba todo el día enganchada a mi cuello y agasajándome a besos, esos que me volvían loco de amor.

Era feliz y cada día estaba más seguro de la tan acertada decisión que había tomado casándome con ella.

Capítulo 21



—¿Quién cojones es? —pregunté enfadado con los ojos pegados.

Mandaba cojones estar de luna de miel y que te aporreen la puerta mientras duermes, se iba a enterar quien quisiera que fuera.

—¡Joder! —exclamé al abrir la puerta y descubrir a Enzo y Emma sonriendo, vestidos en plan playeros total. —¿Qué hacéis aquí? —pregunté sonriendo mientras los abrazabas.

—¿¿¿Quién es??? —Lili gritó desde el baño.

—Dos tocacojones —reí haciéndoles pasar —¡Qué sorpresa! ¿Cuándo habéis llegado?

—Anoche —decía Brian palmeando feliz mi espalda —pero fuimos directos a dormir, os vimos a lo lejos y nos escondimos, queríamos dejaros solos en la playa, sentados, se os veía muy tranquilos y melosos, pero ya el trayecto final lo vais a pasar con nosotros —me guiñó el ojo.

—¡¡¡No!!! —Lili se puso a aplaudir y saltar de alegría al verlos, cogió hasta en brazos a Emma —¡Que sorpresa! ¿Venís para quedaros no?

—Que va, vienen a saludar y cogen el primer vuelo —dije bromeando riendo mientras negaba con la cabeza.

—De aquí no se va ni Dios —dijo señalando con el dedo Lili.

—Vamos a desayunar, me muero de hambre —Emma como siempre el desayuno no se podía hacer de rogar.

Las chicas iban delante charlando agarradas y yo iba detrás con Enzo, felices de estar juntos en esos momentos.

—No sabes la que hemos liado para venir, no había vuelos, al final conseguimos este para ayer y lo pillamos de inmediato.

—No sabes lo feliz que me haces con estas sorpresas, te eché de menos, hermano.

—¿Qué tal por Nairobi y Masái?

—Genial, toda una aventura, una experiencia que jamás olvidaremos, Lili disfrutó mucho, vimos lugares como el orfanato de elefantes que nos estremeció, sobre todo a ella, se pegó todo el tiempo llorando, imagínate que decía que se quería llevar uno al apartamento —reí.

—¿En serio? —soltó una carcajada.

—Emma estaba rezando para poder venir, decía que os echaba mucho de menos, sobre todo a ti, que te conoció conmigo y te convertiste en una parte esencial de ella, aunque a Lili, no se la quitó de la boca en ningún momento, la llama su mejor amiga.

—Que bueno, cuanto me alegro —dije mientras ya nos sentábamos a desayunar, las chicas habían ido a coger de todo.

Se les veía juntas felices, muy cómplices, la mirábamos con una sonrisa de oreja a oreja, estábamos en una nube, con las mujeres que habían arrancado nuestro corazón para quedárselos.

—Hoy me emborracho —dijo Emma sentándose.

—Ah si es hoy solo, no hay problema —dijo irónicamente Enzo.

—Pues yo también —Lili como no, dispuesta.

—Pues nosotros también —dije yo mirando a Enzo y guiñándole el ojo, no tardó en contestar.

—Pues claro, a ver quién la coge más gorda —me devolvió el guiño.

—Yo solo quiero ver una cosa que no me quiero perder —dijo Emma — es lo único que os pido, quiero ir a ver el Grand Bassin, es el lugar sagrado de los hindúes, el más importante de la isla.

—Pues eso vamos ahora y luego a la vuelta nos cogemos la borrachera — dije viendo una buena opción esa visita.

—Vale, lo veo perfecto, me encanta la idea —dijo Lili, a la vez que Enzo se encogía de hombros advirtiéndole que se apuntaba a todo.

El hotel nos organizó el ir, había que llegar al Lago Ganga Talao, donde había a más de quinientos metros un cráter, donde se encuentra Gran Bassin.

Había gente haciendo ofrendas, así como también quemando incienso o bañándose en el lugar que consideran que es sagrado.

A la entrada se encuentran dos estatuas, al parecer las más grandes y altas de la isla, una era Shiva y la otra de Durga Maa Bhavani.

Volvimos al hotel después de un montón de fotos y de conocer ese sitio que tantas ganas tenía Emma.

—Toca beber —dije pidiendo cuatro Ron.

—A mí que sea largo, tirando a muy largo —bromeó Emma, Enzo la miraba con gesto de resignación.

—Pues que sean también cuatro chupitos de Tequila —dijo Enzo para nuestro asombro —¿Qué pasa? Si yo siempre me lleve bien con el alcohol —sonrió irónicamente.

—Venga beber, que aquí a la vuelta hay que trabajar —dijo Lili —ir

pensando donde me vais a colocar —sonrió.

—Vente conmigo al periódico a ayudarme —respondió Emma.

—¿En serio? ¿y tú crees que podré?

—Pues claro, yo te enseño en lo que me puedes ayudar y serás de gran utilidad.

—Joder, a mí me ha tocado la lotería con ustedes —bebió el chupito de un trago ante nuestra risa.

Bebimos, comimos, bailamos alrededor de la piscina sin música y todo, la liamos parda, los trabajadores del hotel nos animaban, lo que nos faltaba ya, que nos tocaran las palmas, pero lo pasamos en grande, disfrutamos ese día como enanos.

Enzo estaba feliz con Emma, se le caía la baba y juntos formaban un tándem perfecto, al igual con Lili yo, que se me caía todo solo con mirarla, la felicidad completa la teníamos ante nosotros, en esa isla o en cualquier parte del mundo, pero siempre a nuestro lado.

Los siguientes días fueron muy buenos, volvimos a hacer la excursión en catamarán con ellos, bebíamos todos los días, comíamos a reventar, nos hartábamos de playa, de piscina, de pasear y sobre todo de reír, los cuatros juntos éramos la bomba, donde el buen rollo, la armonía y el cariño, hacia presencia en todo momento.

El último día volvimos con una pena que se reflejaba en nuestras caras, se acaba la luna de miel, un viaje donde pude disfrutar de la compañía de todos, una primera parte de Lili a solas y la otra parte con los que formaban parte de la que considerábamos nuestra familia, nuestros mayores apoyes Enzo y Emma.

Capítulo 22



De nuevo en el apartamento, con la pena de que lo bueno acabó, pero con la certeza de que lo mejor estaba por venir.

Organizamos todo, lavamos la ropa, guardamos las maletas y salimos a comprar comida, el frigo necesitaba un reciclaje de comida, estaba vacío ya que antes de irnos compramos lo justo para esos días.

Manhattan seguía sorprendiendo a Lili, los grandes edificios y la vida diaria de la ciudad donde nunca parecía dormir.

Al día siguiente yo volvía al trabajo y Lili, estaba loca de emoción al irse a trabajar con Emma, era algo que la tenía felizmente nerviosa y que a mí me encantaba, que se sintiera útil y realizada, que ganara su dinero, que se sintiera segura, era algo imprescindible para su nueva vida aquí y nuestra vida en común.

—No puedo dormir —dijo un rato después de acostarnos.

—¿Y eso? —pregunté ya medio caos.

—Mis últimos dos meses han sido más intensos que toda mi vida —se dejó caer sobre mi pecho.

—Me lo imagino, cariño —acariciaba su pelo.

—Cuando estemos estabilizados quiero un hijo —se acurrucó en mí.

—Yo también lo quiero, todo a su tiempo, pero por supuesto una casa sin niños es muy triste.

—Pues sí, nos pondremos manos a la obra cuando yo esté más centrada.

—Prometido....

—Que sueñes conmigo —dio un beso a mi mejilla.

—Todos los días de mi vida....

Así es como iba a empezar una vida en común conmigo, haciéndome el hombre más feliz sobre la faz de la tierra, había encontrado el amor a la vez casi que mi mejor amigo, al que envidiaba cuando conoció a Emma y la sedujo hacia él, enamorándola y consiguiendo hacer con ella una boda en tiempo récord, ese mismo que conseguí yo cuando Lili, tocó mi corazón y me hizo comprender que llegaba a él para quedarse...

Epílogo

Estaba sentado con Enzo en la cafetería donde siempre solíamos sentarnos a tomar un café a media mañana cuando las vi venir a lo lejos.

—Mira disimuladamente a la derecha.

Lo de disimuladamente no estaba hecho para Enzo, no sabía para qué le decía nada.

—Espera, ¿a dónde vas? —lo paré cuando quiso levantarse.

—A saludar a mi mujer —me dijo como si yo fuera corto de mente.

—Para, hombre, cualquiera diría que no la viste desde hace días y no hace ni una hora que las dejamos en el periódico.

—Ya, pero...

—Pero ¿qué hacen aquí? Esa es la pregunta que deberías hacerte.

Por fin me entendió. Esa mañana Enzo y yo teníamos que arreglar algunas cosas fuera de la oficina y las dejamos a las dos antes de tiempo en el periódico porque, según ellas, tenían mucho trabajo atrasado. Y por esa misma razón, ni siquiera podríamos comer juntos.

¿Y ahora estaban en una cafetería?

—Habrán venido a desayunar.

A mi amigo le faltaba algo de picardía.

—Tú espera un rato y veremos si no hay gato encerrado aquí.

No sabía por qué, pero algo había. Además, llamé a Lili un momento antes y me dijo que estaba muy ocupada y que no podía hablar en ese momento. Y cinco minutos después, estaba en la cafetería...

Se pidieron un té cada una y no hicieron nada más que hablar y hablar.

—¿Qué haces? —me preguntó Enzo cuando me vio con el móvil.

—Comprobar una cosa.

“Hola, mi amor. No quiero molestarte, sé que tienes un día muy liado, solo quiero saber si el bebé y tú seguís bien.”

Le envié el mensaje y vi cómo ella lo leía casi instantáneamente. Se lo enseñó a Emma, puse los ojos en blanco, como para ponerle algo privado y me contestó.

“Muy liada, amor, estamos con demasiado trabajo. Pero no te preocupes, estamos bien, ya nos vemos esta noche en casa. Te quiero.”

Mucho que hacer... Ya veía, ya. Se lo enseñé a Enzo y resopló.

—¿Pero por qué miente?

No sabía por qué lo hacía, pero lo descubriría.

Liliana trabajaba con Emma en el periódico, era su mano derecha y estaba feliz con el trabajo. Pero también embarazada, de tres meses, como la que se había convertido en su siamesa. Las dos estaban insoportables. Aún ni Enzo ni yo sabíamos cuál sería el sexo del bebé. No queríamos, en eso coincidíamos, y ellas habían accedido a no saberlo tampoco y a que fuera una sorpresa en el momento del parto.

No es que quisiéramos vivir situaciones idénticas, es que había demasiadas coincidencias en nuestras vidas.

Y no sé por qué, me olía a mí de que eso tenía algo que ver, porque ellas no estaban muy de acuerdo al principio, pero acabaron accediendo.

Nos mantuvimos allí, mirándolas hasta que salieron de la cafetería. Las seguimos en el coche, ellas iban en taxi y suspiré al ver dónde las dejó el taxista.

—Te dije que nos la iban a jugar —resoplé.

Estaban en la consulta del ginecólogo.

—Serán... —Enzo se rio y yo lo seguí. Si es que no podíamos con ellas, tan fácil como habernos dicho que preferían saberlo.

No, ellas tenían que mentirnos con que tenían mucho trabajo e ir a escondidas a ver al doctor para conocer el sexo de los bebés.

—Vamos —dijo Enzo.

Nos bajamos del coche, dejándolo aparcado en segunda fila y nos acercamos a ellas sigilosamente. Ya estaban casi entrando en la clínica cuando agarré a mi querida esposa de la cintura.

—¿Tenemos una cita con el médico y lo olvidé?

El susto que se llevó no fue nada en comparación con la de vueltas que le dio a la cabeza para darme una excusa que me sirviera.

—Está bien —dijo frustrada, viendo que no sabía qué decir—. Tú no tienes por qué saberlo, Brian, pero yo quiero conocer el sexo del bebé.

—Y yo —dijo la otra.

—Pero si tú lo sabes, yo lo sabré por el color de la ropa que compres.

—Pues lo compramos todo blanco —dijo Emma.

—Emma, eso lo dudo —rio Enzo—. ¿Y por qué no dijisteis las cosas?

—Porque sois unos cabezotas —dijo mi mujer.

Un poco sí lo habíamos sido en ese tema, pero también porque nos

gustaba sacarlas de quicio.

—¿Lo quieres saber? —pregunté mirando a mi mujer dulcemente.

—Sí —dijo con un puchero—. Quiero saber si es un mini Brian o una mini Lili.

Le sonreí y la besé.

—Tan fácil como decírmelo, amor. Sabes que haré todo lo que te haga feliz.

—Lo sé. Te quiero, Brian.

—Pelota... —reí antes de besarla.

Y al final, como siempre, se había salido con la suya. Como Emma.

Pero no iba a quejarme, ese año que llevábamos casados era una eterna luna de miel para mí y cada día la quería más. Y pronto sería padre. ¿De un niño o de una niña? Lo sabría en unos minutos. Pero no me importaba, fuera lo que fuera, la mujer de mi vida y yo lo haríamos el niño o la niña más feliz del mundo.

Tan feliz como lo éramos nosotros.